

Historia y ficción en La cofradía de la Armada Invencible de Emilio Lara

Radivoj, Monika

Master's thesis / Diplomski rad

2020

Degree Grantor / Ustanova koja je dodijelila akademski / stručni stupanj: **University of Zagreb, University of Zagreb, Faculty of Humanities and Social Sciences / Sveučilište u Zagrebu, Filozofski fakultet**

Permanent link / Trajna poveznica: <https://urn.nsk.hr/urn:nbn:hr:131:218015>

Rights / Prava: [In copyright](#) / [Zaštićeno autorskim pravom.](#)

Download date / Datum preuzimanja: **2024-09-02**



Sveučilište u Zagrebu
Filozofski fakultet
University of Zagreb
Faculty of Humanities
and Social Sciences

Repository / Repozitorij:

[ODRAZ - open repository of the University of Zagreb
Faculty of Humanities and Social Sciences](#)



Sveučilište u Zagrebu
Filozofski fakultet
Odsjek za romanistiku

Povijest i fikcija u romanu *La cofradía de la Armada Invencible* Emilija Lare

Ime i prezime studenta:

Monika Radivoj

Ime i prezime mentora:

dr.sc. Mirjana Polić Bobić

Zagreb, 14. rujna 2020.

Universidad de Zagreb
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Departamento de Estudios Románicos

Historia y ficción en *La cofradía de la Armada Invencible* de Emilio Lara

Nombre y apellido de estudiante:

Monika Radivoj

Nombre y apellido de tutor:

dr.sc. Mirjana Polić Bobić, profesora

Zagreb, 14 de septiembre de 2020

Sažetak:

Ovaj rad analizira povijesni roman *La cofradía de la Armada Invencible* (2016) španjolskog autora Emilija Lare. Rad daje definiciju žanra povijesnog romana i razmatra njegove različite značajke u dva književna razdoblja - u romantizmu i postmodernizmu - s naglaskom na elementima koji se pojavljuju u analiziranom romanu. Prikazuje se povijesni kontekst vremena vladavine španjolskog kralja Filipa II i okolnosti koji prethode događajima u Larinom romanu, odnosno okolnosti prije španjolskog napada na Englesku. Rad objašnjava povijesne događaje koji su doveli do napete situacije između Engleske i Španjolske, te razloge početka rata između dva kraljevstva. Opisane su prilike pripreme i napada Nepobjedive Armade na englesku flotu i pokušaj invazije na Britanske otoke. Rad uspoređuje povijesne događaje koji su bili nadahnuće za Larinu knjigu s navedenim podacima i prizorima iz samog romana. Raspravlja se o istinitosti i vjerojatnosti scena opisanih u romanu, uz potporu historiografskih tekstova, te se analiziraju razlozi za izuzeće određenih prizora iz romana. Također se analizira način na koji se predstavljaju određene povijesne ličnosti, koje su prisutne u romanu kao sporedni likovi.

Ključne riječi: Emilio Lara, povijesni roman, Nepobjediva Armada

Resumen:

Esta tesina analiza la novela histórica *La cofradía de la Armada Invencible* (2016) del autor español Emilio Lara. El trabajo proporciona una definición del género de la novela histórica y examina sus rasgos diferentes en dos períodos literarios – el romanticismo y el posmodernismo – con un énfasis en los elementos que aparecen en la novela analizada. Se presenta el contexto histórico de la época del rey Felipe II y los hechos que anteceden los sucesos ficcionalizados en la novela de Lara, o sea, los eventos anteriores a la Empresa de Inglaterra. La tesina explica los hechos históricos que llevaron a la situación tensa entre Inglaterra y España, y los motivos para el comienzo de la guerra entre los dos imperios. Se describen los eventos de la preparación y el ataque de la Armada Invencible contra la flota inglesa y el intento de invasión de las islas británicas. El trabajo compara los acontecimientos históricos que fueron la inspiración para el libro de Lara con los datos proporcionados y las escenas de la novela misma. Se discute la veracidad y probabilidad de los eventos descritos en la novela, con el apoyo de textos historiográficos y se analizan las razones tras la exclusión de determinadas escenas. Incluso se considera la representación de ciertas personas históricas presentes en la novela como personajes secundarios.

Palabras clave: Emilio Lara, novela histórica, Armada Invencible

Índice:

1. Introducción.....	1
2. El autor Emilio Lara.....	2
3. La novela <i>La cofradía de la Armada Invencible</i>	2
4. Definición de la novela histórica.....	3
5. Características de la novela histórica del siglo XIX en la novela analizada.....	7
6. La novela histórica contemporánea y <i>La cofradía de la Armada Invencible</i>	13
7. El contexto histórico de la España de Felipe II.....	22
8. La presencia del contexto histórico en la novela de Lara.....	29
9. La relación anglo-española en la segunda mitad del siglo XVI.....	33
10. Los preparativos para la Empresa de Inglaterra en la historia y en la novela analizada.....	37
11. La navegación de la Armada en la historia y en la novela.....	44
12. El resultado y las consecuencias.....	52
13. Conclusión.....	55
14. Bibliografía.....	58

1. Introducción

Esta tesina tratará sobre la novela histórica *La cofradía de la Armada Invencible* (2016) del autor español Emilio Lara. El trabajo se centrará en su pertenencia al género de la novela histórica con un énfasis en los elementos diferentes que aparecen en la obra, los acontecimientos históricos que fueron la inspiración para el libro y la comparación entre los eventos descritos en la novela y los acontecimientos históricos conocidos, ante todo los elementos que el autor seleccionó al comparar diferentes análisis históricos.

La primera y segunda parte van a presentar brevemente una biografía de Emilio Lara y sus obras. En la tercera parte se intentará ofrecer una definición de la novela histórica, basada en los artículos incluidos en *Reflexiones sobre la novela histórica* (2006) de José Jurado Morales, *Congreso Internacional sobre la novela histórica* (1996) de Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin y *La Invención del pasado* (1997) de Karl Kohut, como también el artículo “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica” (1995) de Carlos Mata Induráin. En la cuarta parte se van a analizar las características de la novela histórica fundamentadas en la ficción histórica romántica, ya que fue en el Romanticismo cuando se empezó a utilizar la designación de “novela histórica” (Larios 132). Además, el Romanticismo fue uno de los períodos más prolíficos de este género en la literatura española (y la literatura europea en general). En la quinta sección se dará una perspectiva más contemporánea del género. Se analizará si *La cofradía de la Armada Invencible* encaja en este género de acuerdo con lo propuesto en dos artículos: “De la historia como literatura y de la literatura histórica” (1996) de Rita Gnutzmann y “Poética de la novela histórica como género literario” (1996) de Celia Fernández Prieto.

En los apartados siguientes se abordará el tema de la situación histórica en la época del rey Felipe II, los hechos que anteceden los sucesos ficcionalizados en la novela *La cofradía de la Armada Invencible* y los eventos históricos durante e inmediatamente después de la Empresa de Inglaterra. Se presentarán los acontecimientos históricos que produjeron la relación tensa entre Inglaterra y España y se explicarán las razones por las que el rey Felipe creyera que la única solución posible fuera el ataque naval contra Inglaterra. En todos aquellos apartados se hará un análisis comparativo entre los datos proporcionados y las escenas de la novela, y los eventos descritos en las obras históricas. Para ofrecer un discurso resumido pero con pretensión de abarcar todas las nociones principales se han consultado los siguientes libros: *Philip II* (2001) de Patrick Williams, *Imprudent King: A New Life of Philip II* (2014) de Geoffrey Parker, obras de Henry Kamen – *Spain's Road to Empire: The Making*

of a World Power, 1492-1763 (2002), *Golden Age Spain* (1988), y *Spain, 1469–1714: A Society of Conflict* (2005) – y *The Spanish Armada* (2013) de Robert Hutchinson, así como otros libros históricos. Se analizará la veracidad y probabilidad de los eventos en el libro de Lara y se discutirán las razones tras la exclusión de determinadas escenas. Al final, se aportarán algunas conclusiones al análisis de la novela.

2. El autor Emilio Lara

Emilio Luis Lara López nació en Jaén. Estudió y se doctoró en Antropología, además de ser licenciado en Humanidades con Premio Extraordinario y Premio Nacional Fin de Carrera. Ejerce de profesor de Geografía e Historia en la Enseñanza Secundaria. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas y universitarias, y centros de investigación españoles, italianos y franceses, así como varios libros de historia. Además, Lara ha sido uno de los colaboradores del diccionario biográfico español de la Real Academia de la Historia. Colabora con el diario 'ABC' y con la página web literaria Zenda, fundada por Arturo Pérez-Reverte (*RedHistoria*).

La cofradía de la Armada Invencible, publicada en 2016 por Edhasa, es su primera novela, por la que recibió elogios del público y de la crítica. Ha obtenido varios premios por sus dos siguientes libros: *El relojero de la Puerta del Sol* (2017), su segundo libro publicado por Edhasa, recibió el Premio de Novela Histórica Ciudad de Cartagena y el Premio Andalucía de la Crítica, mientras que su tercera novela *Tiempos de esperanza* (2019), también publicada por Edhasa, ganó el Premio Edhasa Narrativas Históricas (*RedHistoria*). Las tres son novelas históricas ambientadas en diferentes épocas y lugares. *La cofradía de la Armada Invencible* tiene lugar en 1588 durante la famosa Jornada de Inglaterra. *El relojero de la Puerta del Sol* acontece en 1866 en Londres donde un relojero español intenta reparar el Big Ben. En *Tiempos de esperanza* el autor regresa al año 1212 y cuenta la historia de la Cruzada de los niños, un intento de liberar a Jerusalén sin armas, con una tropa de niños.

3. La novela *La cofradía de la Armada Invencible*

Antes de empezar con el análisis, es necesario aportar algunos datos importantes. Desgraciadamente, casi no existen textos críticos sobre la novela discutida, por lo que no los

podemos usar en la discusión. Sin embargo, suministramos un breve resumen de la trama de la novela porque se utilizarán muchas referencias a ello en el análisis. La historia tiene lugar en el año 1588, durante la Empresa de Inglaterra, en la que el rey Felipe II de España intentó conquistar Inglaterra con su poderosa Armada, llamada la Invencible. Mientras que la Armada se prepara para zarpar, el rey invita a una cofradía, la cofradía del Cristo de la Buena Muerte de Cartagena, a El Escorial para darles una tarea secreta: zarpar junto con la Armada, pero ir a Irlanda, donde se han hecho los preparativos para iniciar una rebelión entre los irlandeses contra la ocupación inglesa de la isla y de esta manera ayudar a los españoles a vencer a Inglaterra.

El cuento sigue a varios personajes durante este esfuerzo (entre otros Felipe II, la reina inglesa Isabel I, el comandante de la armada – el duque de Medina Sidonia), pero la trama principal gira en torno a los miembros de la cofradía, su gobernador Felipe Cancio y el secretario Fabián Escarabajal. Durante su viaje a Irlanda, comienzan a ocurrir misteriosas muertes de los cofrades, y los dos intentan resolver la intriga con la ayuda del jesuita don José. La sospecha recae en el inquisidor Salvador Lucero que los acompaña a lo largo del viaje. Una vez atracados en la comarca de Armagh en Irlanda, la compañía se reúne con el pueblo irlandés en una procesión hacia Belfast. Al final, ambas misiones fracasan: la Armada Invencible acaba dispersa en el Mar del Norte y la procesión en Irlanda se disuelve debido a los soldados que los esperan en Belfast. Se revela que el culpable de todas las muertes es uno de los cofrades, Luis Delicado, quien lo hizo por el resentimiento de no ser elegido gobernador. Los cofrades se esconden en un monasterio abandonado, escuchando las noticias de la derrota de la Armada y los naufragios posteriores, hasta que finalmente puedan regresar a España, desilusionados y olvidados por la historia.

4. Definición de la novela histórica

Antes de enfocarnos en el análisis detallado de la novela, es necesario dar una definición básica del género de la novela histórica y enumerar sus características principales. La denominación del género de la novela histórica ya revela “el rasgo formal fundamental que define la novela histórica: la confrontación entre historia y ficción” (Navarro Salazar 203). La relación entre estos dos conceptos se caracteriza como confrontación porque desde la Antigüedad, y durante mucho tiempo, se los consideraba como conceptos distintos, incluso opuestos (Hoyos 122). Quizás la mejor explicación de los dos términos y su relación en el

pasado realizaron Diderot y D'Alambert en su *Encyclopédie*: “Histoire – c’est le récit des faits donnés pour vrais; au contraire de la fable, qui est le récit des faits donnés pour faux¹” (220). La historia se consideraba como verdadera, mientras que la fábula (o la ficción) era falsa, imaginada.

Estas dos nociones, a primera vista opuestas, se enfrentan en la novela histórica para crear un género híbrido (Fernández Prieto 1996 189). Un acercamiento sencillo a la definición de este género es que las novelas históricas “sitúan su acción (ficticia, inventada) en un pasado (real, histórico) más o menos lejano” (Mata Induráin 1995a 16). Superficialmente, esta definición sirve para identificar novelas históricas, aunque no es suficiente para delimitar y especificarlas. Debido a eso, Carlos Mata Induráin proporciona una aclaración más apropiada detallada:

La novela histórica es un género híbrido, mezcla de invención y de realidad. Por un lado, le exigimos a este tipo de obras la reconstrucción de un pasado histórico más o menos remoto, para lo cual el autor debe acarrear una serie de materiales no ficticios; la presencia en la novela de este andamiaje histórico servirá para mostrarnos los modos de vida, las costumbres y, en general, todas las circunstancias necesarias para nuestra mejor comprensión de aquel ayer. Pero, a la vez, el autor no debe olvidar que en su obra todo ese elemento histórico es lo adjetivo, y que lo sustantivo es la novela. Y esta es una piedra de toque fundamental a la hora de decidir si una determinada obra es una novela histórica o no: la ficcionalidad, ya que el resultado final de esa mezcla de elementos históricos y literarios no es una obra correspondiente a la historia, sino a la literatura, es decir, una obra de ficción. (1995a 17-18)

Como ya hemos dicho, la novela histórica es una clase de texto mixto entre lo real (la historia) y lo imaginario (la ficción). El autor utiliza los acontecimientos y personajes verdaderos del pasado más o menos lejano como complementarios a una narración inventada. Los hechos históricos forman el contexto para la narración, el entorno que se muestra a través de los detalles. El rasgo esencial que separa la ficción histórica de los textos documentales o científicos es precisamente la trama y personajes imaginarios, por lo que la novela histórica forma parte de la literatura y no de la historiografía.

A diferencia del resto de la ficción, el autor de la novela histórica debe ser consciente de cómo presenta los elementos históricos de su narración. Por un lado, “el novelista se acerca a la historia con la libertad del creador pero también con las limitaciones que le impone el sujeto elegido, ya sea tiempo, espacio o personaje” (Díaz de Alda 122). El escritor no puede cambiar los eventos, datos o personajes históricos completamente sin reservas, sobre todo si se trata de unos elementos muy conocidos o populares.

¹ Historia – es el relato de hechos dados por verdaderos; al contrario de la fábula, que es el relato de hechos dados por falsos

Como siempre cuando dos elementos contradictorios se mezclan para formar parte de un todo, debe existir una consistencia entre ellos para que el género funcione. Si el autor quiere producir una novela histórica uniforme, debe “encontrar un equilibrio estable entre el elemento y los personajes históricos y el elemento y los personajes ficcionales, sin que uno de los dos aspectos ahogue al otro” (Mata Induráin 1995a 18). Si se aportan demasiados detalles históricos, la novela puede volverse tediosa. Si el escritor se enfoca excesivamente en la narración imaginaria sin desarrollar la base histórica, el texto ya no se podrá considerar como novela histórica.

En cuanto a la selección del período en el que se sitúa la trama de la novela, según Mata Induráin existen dos opciones para los escritores: “un período oscuro, mal conocido, o bien, en un período rico, un solo episodio, corto y aislado” (1995a 47). En *La cofradía de la Armada Invencible*, Lara eligió la segunda posibilidad, y colocó a sus personajes en un año específico durante el Siglo de Oro español, un período próspero y lleno de muchos acontecimientos significativos para la historia española (y un período sobre el que hay muchas fuentes históricas). Si la novela se basara en un período del que se sabe mucho menos, el autor tendría más libertad y podría utilizar los conocimientos de un período más extenso (como por ejemplo un siglo entero).

Resumiendo, para que se pueda considerar una novela como histórica, debe contener elementos históricos combinados con elementos ficcionales. Aun así, algunos críticos como Kate Hamburger y Lourdes Ortiz aseguran que la novela histórica no es diferente de ninguna otra novela dado que “el proceso de ficcionalización transforma la materia histórica de la novela en materia no histórica” (Ortiz 19). Esto quiere decir que a estas dos críticas no les importa si la trama de una novela se basa en los acontecimientos reales ocurridos en el pasado porque con el acto de describirlos en un texto ficcional, estos eventos se convierten en ficción, es decir, ya no son históricos. Eso sucede porque “la verdad del texto es siempre distinta de la verdad (si es que existe alguna verdad) de la vida vivida. Es siempre construcción, que encierra la verosimilitud y la coherencia que es solo coherencia y estructura del texto” (Ortiz 22). El texto es siempre una interpretación que es distinta de la realidad vivida. No obstante, para poder explicar el género de la novela histórica (que contiene rasgos distintivos que la separan de otros tipos de novelas), esta tesina conservará la distinción entre elementos históricos y ficticios, dependiendo de si el evento o la persona aparece en los documentos históricos o no.

Otro problema de la definición de la novela histórica es su conexión con la historiografía, ya que los dos tipos de discurso se basan en la historia y tienen algunos rasgos

en común. En primer lugar, son similares con respecto a los temas en los que se centran – “son dos discursos de invención que se apasionan por el tiempo. Ambas, a su manera, recrean una dramática del devenir humano. Por eso se reflejan y se prestan mutuamente sus rasgos” (Larios 135). Las dos disciplinas se orientan hacia el ser humano y el progreso de las civilizaciones.

Coinciden también en su forma textual. La forma narrativa no es exclusiva de la literatura, es decir, de las bellas letras. Al contrario, muchas disciplinas usan la narrativa como modo preferido de dar explicaciones y ordenar partes del texto – una de ellas es historiografía (Hutcheon 1989 67). R. G. Collingwood sostiene que para dar sentido a los hechos históricos fragmentados y eventos desconectados, el historiador los conecta en una trama a través de la narrativa; lo que él llama “*emplotment*”². Hayden White desarrolla esta teoría aún más indicando que los historiadores seleccionan, eliminan, destacan, repiten y ordenan los datos históricos en sus obras. Todo esto quiere decir que los historiadores usan las mismas herramientas que los novelistas para presentar su investigación en una obra científica y que enlazan todos los datos conscientemente.

Además, lo que muchas veces no se reconoce es que “la objetividad total es imposible, incluso para el historiador, porque es un hombre inserto en una sociedad y en un tiempo concretos” (Mata Induráin 1995a 59). Así, la persona que escribe obras científicas o historiográficas, lo mismo que la que escribe ficción, inculca en parte algunas de sus opiniones y actitudes, incluso si no tiene la intención de hacerlo. Sobre todo en el posmodernismo, la historiografía ya no se considera tan objetiva como antes (Hutcheon 1989 64). También se critica su veracidad. Andrés Hoyos afirma que “la mayoría de lo que sucedió en el pasado se desconoce y se seguirá desconociendo, a pesar de los ingentes esfuerzos del científico” (127). De algunos hechos no se puede saber nada sin haberlos vivido; por eso muchas veces los historiadores solo suponen los datos históricos y llenan los vacíos con sus opiniones y suposiciones. En estas situaciones el historiador usa el mismo recurso que el novelista – su imaginación (Hoyos 127).

Hay otra cuestión que plantea el posmodernismo – la incertidumbre de la universalidad y totalidad de la historia. Linda Hutcheon habla de “the postmodern questioning of [the] totalizing impulse”³ con el que se intenta contrarrestar el empuje de épocas anteriores de presentar una narración unificada y completa, ya sea historia o ficción (1989 63). Ya no se cree en una gran historia unificada, sino que surgen muchas historias pequeñas que presentan

² Entramado

³ El cuestionamiento posmoderno del impulso totalizador

las perspectivas de los perdedores y los oprimidos, junto con los ganadores y los opresores (Hutcheon 1989 66). Todas esas razones acercan la historiografía a la ficción.

Sin embargo, existen claras diferencias entre los dos géneros. Según Mata Induráin, la mayor distinción es que “la historia es un acercamiento científico a la realidad histórica y la novela histórica, un acercamiento artístico, literario” (1995a 58). Aunque tanto el novelista como el historiador utilizan documentos históricos como base de sus textos, el novelista tiene más libertad cuando procesa estos documentos y cuando los transforma en una obra narrativa (Mata Induráin 1995a 45). El historiador debe presentar las pruebas cuando da una opinión y explicar su razonamiento. Lo mismo que otros científicos, “tiene la obligación moral de decir en qué ha fundamentado sus afirmaciones, en tanto que el novelista no” (Mata Induráin 1995a 44). Además, la historiografía se encarga con frecuencia de los episodios más generales o políticos, mientras que la literatura escribe sobre temas más íntimos y particulares (Hoyos 124). Finalmente, las dos disciplinas difieren en su intención y la atención que le prestan al estilo. Mientras tanto el historiador narra “siempre con una intención inmediata y con un propósito superior” pero sin preocuparse por el estilo, al novelista le importa la presentación estilística pero sus motivos no son siempre obvios (Hoyos 124).

En virtud de lo expuesto, se puede definir la diferencia entre los dos quehaceres así como articular una definición provisional de la novela histórica: se trata de un género ficcional en el que se mezclan los elementos históricos con los imaginarios de una manera equilibrada. Es el discurso basado en los documentos históricos en el que el novelista trata de mantenerse lo más cerca posible de la verdad histórica (aunque no tiene obligación de hacerlo) mientras presenta una trama imaginaria interesante. *La cofradía de la Armada Invencible* incluye todos estos rasgos, como también otras características de este género narrativo.

5. Características de la novela histórica del siglo XIX en la novela analizada

Hay muchas características que distinguen la novela histórica de otros géneros de ficción, algunas más relevantes que otras. Por supuesto, un texto no tiene que contener todos los atributos para formar parte del género, pero muchos de los aspectos principales o más distintivos deben estar presentes en los textos ejemplares. Algunos aspectos secundarios de un género suelen ser útiles para su análisis, a pesar de no ser diferenciadores o presentes en todas las obras del género en cuestión.

En cuanto a la novela histórica, existen dos períodos fundamentales de su producción y popularidad, lo que creó dos tipos de novelas históricas un poco diferentes, pero con la misma base. Aunque la novela histórica existió antes del siglo XIX, su producción aumentó significativamente en este período. La primera etapa de este tipo de discurso fue “la vieja novela histórica” del siglo XIX (Larios 133), que se escribía sobre todo en el Romanticismo, pero la misma tendencia continuó en el realismo. Los mismos rasgos también se pueden encontrar en muchas de las novelas históricas escritas hasta el período del posmodernismo. La segunda fase es “la nueva novela histórica” del posmodernismo (Larios 134), el movimiento que comenzó en las décadas de los años 1960 y 1970 y, según Simon Malpas, sus conceptos todavía están presentes hoy en día (5-6). Larios reconoce que este segundo tipo de la novela histórica “se ha venido desarrollando fuertemente en Hispanoamérica” (133) – de ahí viene el nombre que usa – pero muchas características encajan con el posmodernismo en general, por lo que la investigación de Larios es relevante incluso en la literatura española. A continuación se enumerarán los rasgos de los dos tipos y se examinará cuáles son presentes en la novela *La cofradía de la Armada Invencible*.

El Romanticismo es conocido por su fascinación con la historia, que es una de las razones por las que este género como tal aparece plenamente por primera vez en esta época (Larios 132). La mayoría de las novelas históricas de este período, tanto en España como en el resto de Europa, imitaban la obra de Walter Scott, el padre del género (Gnutzmann 153). Es más, Mata Induráin explica que las novelas históricas españolas de este período eran “de escasa o nula calidad literaria” por solo ser copias de Scott, y agrega que “la gran novela española del XIX es la realista” (1995b 145-146). Un dilema que apareció principalmente en la literatura española realista cuando se considera la ficción histórica, era “la distancia temporal que debían tener los datos históricos seleccionados por los autores para poder distinguir si la novela era histórica o no” (Larios 132), es decir, si las narraciones que eran muy cercanas al período vivido por el escritor correspondían a este género. Un ejemplo de esta situación son las novelas realistas de Benito Pérez Galdós, denominadas los *Episodios nacionales* por su casi-contemporaneidad del autor.

A pesar de esa disconformidad, aquellas novelas contienen muchos rasgos de la ficción histórica que se discutirán, por lo que forman parte del mismo tipo – “la vieja novela histórica” de Larios. Por su originalidad, las novelas de Scott se suelen tomar como ejemplo para muchos estudios de esa categoría de ficción. Según Rita Gnutzmann, quien resumió los atributos más relevantes del estudio de Georg Lukács, existen once cualidades destacadas que aparecen en la novela histórica del siglo XIX.

En primer lugar, el argumento del texto debe tener lugar en “en el pasado, con elementos tomados de una realidad extraliteraria, i.e. ‘histórica’” (Gnutzmann 153). Esta característica es inequívoca – son los elementos del pasado que se han discutido anteriormente. En *La cofradía de la Armada Invencible*, ya es evidente del título que la novela trata un tema histórico – el de la famosa Gran Armada española y su ataque contra Inglaterra en 1588. Por supuesto, la novela está llena de otros acontecimientos, personajes y sitios históricos reales, que se pueden encontrar en los documentos históricos o textos historiográficos.

Gnutzmann sigue con el segundo rasgo y escribe que los “detalles (utensilios, ropa, vivienda etc.) [tienen que ser] descritos según la época que se reproduce” (153). Mata Induráin añade que “para que una novela sea verdaderamente histórica debe reconstruir, o al menos intentar reconstruir, la época en que sitúa su acción” (1995a 16). A lo mejor de su conocimiento y con la ayuda de la investigación, el novelista debería reconstruir el marco histórico. Los detalles históricos deberían ser lo más fieles posible al período en el que se desarrolla la trama. El elemento más fácil de detectar es la ropa, pero esto debe incluir costumbres, arquitectura, comida o herramientas, entre otros. En su novela, Lara describe la imagen siguiente: “Los nazarenos vestían túnica blanca y capuz y cingulo negros. Los hermanos de luz llevaban cirios, y otros cofrades las insignias de la hermandad. Varios soldados con coselete y casco montaban guardia bajo la arcada del Patio de los Reyes, y el aire movía con las cintas rojas anudadas en sus picas” (11). Con los objetos como cascos, picas o cingulos y la ropa como túnicas y coseletes, la novela se acerca al período histórico de la narración. El escritor usa estos elementos con intención, para recrear el ambiente histórico y ayudar al lector a imaginar la escena e incluso a conocer la realidad histórica de la España de Felipe II.

En la misma línea, “el comportamiento y ‘psicología’ de los personajes [deben ser] adecuados a su tiempo” (Gnutzmann 153). Esto es más difícil de precisar con certeza, porque no podemos saber exactamente cómo se comportaron las personas del pasado. Hay algunos indicios en los textos históricos, pero ellos en su mayoría muestran los hechos (o reflexiones) de los individuos excepcionales y no la psicología de las personas ordinarias. Sin embargo, el escritor usa su imaginación en la creación de los personajes novelescos. En *La cofradía de la Armada Invencible* el espíritu de la época se puede vislumbrar a través de algunas prácticas de los miembros de la cofradía: la religiosidad de los cofrades, la forma en la que tratan la reliquia que han recibido del rey, el hecho de que algunos de los cofrades viajan con sus ataúdes, y muchos otros más.

La cuarta característica es que se exponen “referencias temporales mediante personajes y sucesos históricos” (Gnutzmann 153). La novela histórica enmarca la trama en el período histórico utilizando alusiones históricas existentes, refiriéndose a los datos comprobados. En su novela, Emilio Lara recurre a un personaje letrado quien explica los eventos al resto del grupo:

Y don José [...] se encargó de explicarles a los cofrades las peculiaridades de la incorporación de Portugal a la Corona española desde 1580, e hizo hincapié en que debían tratar a los portugueses como a hermanos y no mirarlos por encima del hombro, pues, a fin de cuentas, Felipe II también era su monarca, y los lusitanos iban a guerrear contra los ingleses codo con codo con los españoles. El lema que asumió el rey tras la anexión portuguesa maravilló a los cartageneros: “El mundo no es suficiente”. (95)

Este párrafo está lleno de las informaciones apoyadas por los documentos históricos. Don José, el jesuita, aclara a los cofrades la anexión de Portugal por Felipe II en 1580, ocho años antes del comienzo de la historia. Les explica qué se espera de los portugueses y cómo deben comportarse los cofrades cuando se enfrentan al pueblo portugués. El escritor incluso logró incluir una supuesta cita famosa del rey Felipe como referencia histórica. De esta manera, el trasfondo histórico exacto se especifica para el lector, e incluso puede ser educativo para aquellos que no están tan informados sobre la historia española o portuguesa.

En cuanto al discurso de los protagonistas, la novela histórica clásica recurre al “uso del lenguaje de la época retratada” (Gnutzmann 153). En aquellos textos, los personajes deberían hablar como presuntamente se hablaba en el pasado que se representa. Este es uno de los rasgos que *La cofradía de la Armada Invencible* no sigue, como se puede ver en el siguiente ejemplo:

“Fabián tiene razón.”

Las cabezas se volvieron para mirar a Luis Delicado, que se levantó de su asiento, dibujó la habitual sonrisa que todos conocían, y carraspeó:

“Y lo que ha dicho va a misa. No hay que darle más vueltas. Que no se diga que tenemos miedo. La cofradía está por encima de la familia y el trabajo. Ella es mi vida, lo más grande... Nos debemos a ella. Aquí no estamos para servirnos de la hermandad, sino para servirla. [...] En estas circunstancias, tenemos que ser más que nunca una piña. Donde vaya nuestro gobernador, allí iré yo también,” su sonrisa se congeló en su rostro. [...]

“Quien quiera apuntarse para ir a Irlanda, que lo proclame. El secretario anotará su nombre”. (35)

El habla de los personajes en la novela debería asemejarse más al lenguaje usado en *La Celestina* o en *Don Quijote*, a pesar de que esos textos son obras literarias, lo que, por supuesto, era diferente del discurso cotidiano. Los dos textos usan un estilo elevado que parece arcaico a los lectores modernos. Sin embargo, el lenguaje de los cofrades suena contemporáneo, usando frases como “ir a misa”, “dar vueltas”, “ser una piña” y “apuntarse” en la misma manera en la que los emplearía un hablante hoy en día. El discurso de los

personajes se discutirá con más detalle al analizar las diferencias de los ejemplos contemporáneos del género.

Los dos siguientes elementos merecen una discusión más amplia. Gnutzmann afirma lo que ya se ha discutido, que los “personajes históricos [son] mezclados con los ficticios”, y añade que “el peso de la trama recae en una historia y unos personajes ficticios, mientras que lo histórico representa el telón de fondo” (153). Por lo tanto, aunque la narración incluye tanto las figuras históricas existentes como los individuos imaginarios, son los personajes ficticios irreales quienes desempeñan el papel principal en la novela, mientras que los personajes históricos, junto con otros elementos del pasado real, encarnan un ambiente y sirven para dar un contexto.

Marco Aurelio Larios separa las dos clases de elementos en dos niveles y explica que la novela histórica del siglo XIX “construyó su narración manejando los dos niveles – uno de ambientación que era rigurosamente el histórico, y otro dramático que era el novelesco” (132). En los textos de este período, los dos niveles no se incorporaban uno en el otro – los elementos históricos se utilizaban solo para hacer un dibujo del pasado, mientras que la trama (y todo lo relacionado con ella) era inventada y se desarrollaba en su línea.

La utilización de los datos históricos como “telón de fondo general” era frecuente porque la historia es “ya predeterminada” y “no se pueden cambiar los hechos históricos sucedidos ni el carácter de una época o de unos personajes conocidos” (Mata Induráin 1995a 43). El autor tiene más libertad si separa los dos niveles porque de este modo hay menos restricciones; no debe preocuparse tanto por la precisión de los datos históricos, como cuando se describen hechos o personajes reales conocidos. En lo referente a la manera en la que se presentaba el telón de fondo histórico, a menudo “en la novela romántica se intercalan breves capítulos o resúmenes digresivos que constituyen el esqueleto histórico” (Mata Induráin 1995a 48), porque a los románticos les importaba más el relato novelesco.

Como más o menos todos estos elementos están vinculados específicamente con la novela histórica del siglo XIX, es más difícil encontrarlos en *La cofradía de la Armada Invencible*. Los dos niveles de elementos no son tan claramente delimitados. La trama de la novela tiene dos líneas: una se basa en los hechos históricos (la de la travesía de la Armada), mientras que la otra es inventada (la de la cofradía y su viaje a Irlanda). No hay resúmenes históricos, sino que todas las referencias se exponen a través de las escenas novelescas en las que se describen eventos verdaderos o en los diálogos entre los personajes – como en el ejemplo de la anexión de Portugal.

La separación de los personajes en los reales y los imaginarios en la ficción histórica del siglo XIX también está relacionada con el asunto de la libertad de la imaginación literaria. Larios sostiene que “los autores de este género utilizaron personajes de segunda fila como personajes para evitar disputas historiográficas con personajes históricos bastante conocidos o reputados” (132). Frecuentemente se utilizaban los personajes históricos desconocidos o personajes ficticios como protagonistas para impedir inexactitudes históricas. Mata Induráin añade que “los personajes reales vienen predeterminados por la historia y, por tanto, su relación con el universo novelesco creado por el novelista queda prefigurada, no es libre” y por eso muchas veces están relegados a un segundo plano (1995a 52). El arco dramático de los personajes históricos ya está marcado por los acontecimientos del pasado, por lo que el escritor no tiene la misma libertad artística que tiene con los protagonistas imaginarios. Además, su carácter “está fijado de antemano” (1995a 52) y es difícil tratarlos con una perspectiva innovadora.

Asimismo, el protagonista de las novelas históricas románticas “casi nunca pasa de ser un ‘héroe medio’ que concilia los dos extremos en lucha” (Mata Induráin 1995a 26). El héroe de este género de novelas no pertenece a los niveles más altos de la sociedad ni está en el fondo de la jerarquía. Más bien, está en la posición perfecta para navegar entre los dos extremos y para vincular a los grupos enfrentados; y siempre se encuentra en las situaciones cruciales de la historia (Mata Induráin 1995a 52-53).

Con respecto a la novela de Lara, los protagonistas podrían considerarse como “héroes medios”. Algunos de ellos, como por ejemplo don José o Fabián el secretario, estudiaron en la universidad de Salamanca y son hombres cultos, mientras que otros son hombres del pueblo. El grupo completo tiene una oportunidad única para formar parte de la historia (si todo va según lo previsto, que al final desgraciadamente no es el caso). La cofradía se junta con hombres de varios niveles de la sociedad, desde el rey y el comandante de la Armada, hasta varias órdenes religiosas, soldados, marineros e incluso posaderos.

El resto de las características del género también tienen que ver con los personajes. Una de ellas es que “el interés [está] centrado en la situación del colectivo antes que del individuo” (Gnutzmann 154). Esto significaría que la novela histórica debería centrarse más en el pueblo que en los esfuerzos de los personajes independientes. No obstante, como se ha explicado, la novela de Lara trata la historia de los personajes singulares con una tarea particular, así que este elemento no se puede aplicar aquí. El rasgo siguiente es que hay una “pretensión de crear personajes representativos” (Gnutzmann 154), o sea, que los personajes creados “son representación de la vida del pueblo” (Mata Induráin 1995a 53). A través de un

grupo como la cofradía de la Buena Muerte, el escritor logró unir personajes de diferentes ámbitos de la vida y ponerlos en la misma compañía, pero debido al argumento de la novela, en realidad no vemos las facetas de la vida cotidiana que supuestamente representan.

Gnutzmann mantiene que en este género existe un “predominio de lo exterior, a expensas de la psicología” (154); es decir, los personajes son superficiales gracias a la orientación hacia lo externo. Mata Induráin lo explica más exhaustivamente escribiendo que “los personajes de la novela histórica presentan, en general, muy poca profundidad psicológica; son figuras de un solo trazo y aparecen caracterizados de una vez para siempre: en cuanto se nos ofrece su primera descripción, ya sabemos cómo van a actuar y reaccionar a lo largo de toda la novela” (1995b 166). Son los personajes sencillos con un rasgo dominante, que una vez introducidos, no cambian, o incluso los personajes tipo reconocibles por el lector.

Esta característica tampoco se puede encontrar en la novela analizada. Lara describe unos personajes con motivaciones internas y diferentes rasgos de personalidad. Aunque hay un enfoque en la trama, los personajes no son superficiales. Uno de los protagonistas más complejos es el joven Fabián, quien sueña con la gloria y quiere ser parte de la historia, por lo que escribe una meticulosa crónica del viaje. Al final, cuando se pierde toda esperanza del éxito, Fabián no quiere darse por vencido y se siente traicionado.

El último rasgo es la “división de los personajes en buenos y malos” (Gnutzmann 154). Una vez más, la división no es tan clara en la novela de Lara. Hay personajes que el lector consideraría buenos o malos, pero algunos de ellos son moralmente ambiguos, mientras que otros se vuelven buenos o malos al final de la novela. Como hemos visto, *La cofradía de la Armada Invencible* se ajusta a las características del género destacadas y articuladas por los estudiosos en cuyas clasificaciones basamos este análisis en algunos aspectos pero no en otros. Esto se debe a que se trata de una novela contemporánea, que difiere en algunos atributos de “la vieja novela histórica”. Por eso ahora se enumerarán las características de la novela histórica contemporánea.

6. La novela histórica contemporánea y *La cofradía de la Armada Invencible*

Aunque el estudio de Lukács fue muy influyente para el género de la novela histórica, muchas ideas cambiaron en el posmodernismo que su investigación no podía prever. Por eso las novelas históricas contemporáneas muchas veces no se ajustan a la teoría del pensador e ideólogo húngaro, como lo han mostrado los ejemplos de *La cofradía de la Armada*

Invencible. Marco Aurelio Larios llega incluso a mantener que “la nueva novela histórica es contraria a los predicamentos de Lukács” (133). Si bien esto es técnicamente una exageración, porque hay algunos elementos que son válidos para los textos contemporáneos, también hay muchas nociones que son muy diferentes o completamente opuestas.

Un principio que cambió es la forma en la que los críticos definen ciertas ideas: están cada vez más preocupados por ser específicos y que sus definiciones sean explicadas en detalle. Lo mismo ha sucedido con la definición de la ficción histórica; a pesar de que se describe el mismo género de ficción, se precisan sus rasgos, de manera que Celia Fernández Prieto introduce tres elementos esenciales de la novela histórica que son muy similares a los ya analizados, pero más concretos.

Su primer rasgo, que Fernández Prieto cree el más obvio y representativo, es “la coexistencia en el universo diegético de personajes, acontecimientos y lugares inventados con personajes, acontecimientos y lugares procedentes de la historiografía, esto es, materiales que han sido documentados y codificados previamente a la escritura de la novela en otros discursos culturales a los que se reputa de históricos” (1996 188). Básicamente, se trata de la misma idea de la combinación de los elementos históricos y los ficticios, pero se especifica concretamente qué significa esto. No es suficiente solo proclamar a una persona, evento o lugar como históricos – estos elementos tienen que aparecer en los textos historiográficos respetables que son anteriores a la novela. Naturalmente, los datos históricos que aparecen en la obra de Lara son muy conocidos y comprobados – existen innumerables fuentes que se ocupan de Felipe II, de la Armada Invencible o de El Escorial, como también otros hechos menos famosos o desconocidos – por ejemplo el nombre del arzobispo de Armagh en el período de la Jornada de Inglaterra (que era Edmund MacGauran).

La característica siguiente también se ha analizado hasta cierto punto – y es “la localización de la diégesis en un pasado histórico concreto, datado y reconocible por los lectores merced a la representación de los espacios, del ambiente cultural y del estilo de vida característicos de la época” (Fernández Prieto 1996 188). La trama debe tener lugar en un período específico que los lectores pueden identificar a través de las descripciones de los sitios, costumbres y otros detalles de la vida del pueblo. Lo que es un poco diferente del mismo elemento en el apartado anterior es que el lector debe tener la oportunidad de reconocer todos esos elementos y conectarlos al período histórico apropiado.

El tercer y último rasgo se refiere a un punto fundamental que no se ha abordado en el segmento anterior, pero sí es importante. Fernández Prieto mantiene que la tercera característica

consiste en la distancia temporal abierta entre el pasado en que se desarrollan los sucesos narrados y actúan los personajes, y el presente del lector implícito y de los lectores reales. La novela histórica no se refiere a situaciones o personajes de la actualidad, sino que lleva a sus lectores hacia el pasado, hacia realidades más o menos distantes y documentadas históricamente (1996 188).

Es decir, en la ficción histórica debe existir un alejamiento en el tiempo entre el período en el que ocurre la trama (que es el pasado para el lector) y la realidad del lector concreto. Este alejamiento puede ser más o menos amplio, pero no puede formar parte de la contemporaneidad del lector. Esta perspectiva temporal no es problemática cuando se trata de las obras como *La cofradía de la Armada Invencible*, que tiene lugar más de cuatrocientos años antes de la actualidad del lector. Donde sí es significativo es en los libros como los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós. Ya que aquellas obras no forman parte de la contemporaneidad de sus lectores, porque siempre fueron escritas y publicadas al menos treinta años después del período que trataban, pueden incluirse en el género de la novela histórica.

En esencia, esta definición de Fernández Prieto no es tan diferente de la interpretación de la ficción histórica romántica. En realidad, como es evidente de los ejemplos de la obra de Lara, la vieja novela histórica algunas veces excluye obras más recientes con sus características restrictivas. Además, en la ficción histórica de la posmodernidad existen algunas diferencias críticas que abren una nueva dimensión del análisis del género, que se discutirán a continuación. Incluso se mencionarán algunos rasgos secundarios pero interesantes.

Para empezar, una característica secundaria que se puede encontrar en los dos tipos de novela histórica se refiere a los títulos. Fernández Prieto observa que el género suele usar los “títulos muy denotativos tales como el nombre propio del personaje histórico protagonista, o la referencia directa ya a la época del pasado en que transcurre la acción, ya al acontecimiento histórico evocado” que frecuentemente son acompañados por subtítulos o títulos secundarios (1996 187). Muchas veces una obra de ficción histórica ya se puede identificar por el título. Tal es el caso de *La cofradía de la Armada Invencible*, cuyo título abiertamente sugiere el tema de la novela. Los subtítulos y títulos secundarios son más típicos de la novela histórica del siglo XIX.

Un aspecto que no se ha mencionado hasta ahora es el aspecto educativo de la ficción histórica. Fernández Prieto asegura que este género “incorpora al discurso un considerable volumen de informaciones históricas y culturales que son necesarias no sólo para que los lectores puedan seguir la acción y comprender las situaciones y los conflictos, sino para

cumplir el contrato genérico enseñar/aprender historia” (1996 195). Este tipo de novelas conscientemente inscribe una gran cantidad de información, tanto para que el lector pueda seguir la trama sin dificultad, como para que aprenda nuevos conocimientos. Esa dimensión didáctica funciona bien en la novela histórica porque se supone que el narrador tiene un conocimiento histórico más amplio que el lector, al menos con respecto al tema de la obra literaria (Fernández Prieto 1996 195-196).

Una de las características de la ficción histórica que se enfatiza mucho en la posmodernidad es el hecho de que “se acentúa el carácter documental de la novela histórica” (Hibbs-Lissorgues 184), pero no en el mismo sentido como en el siglo XIX. Desde sus principios, este género ha pretendido “producir un efecto de autenticidad histórica” (Fernández Prieto 1996 194), es decir, dar verificaciones de que se basa en fuentes históricas verdaderas. Uno de los métodos frecuentemente utilizados por los autores son los “prólogos y epílogos para justificar el uso que han hecho de los materiales históricos, para declarar sus fuentes y para defender la autonomía y los derechos de la ficción” (Fernández Prieto 1996 187). Los escritores de la ficción histórica a menudo enumeran sus fuentes al principio o al final de su libro, y apuntan las obras historiográficas en las que se han apoyado. Algunas veces explican los hechos históricos que han cambiado en su novela y dan razones porqué lo han hecho. Por ejemplo, Emilio Lara ha colocado una nota del autor al final de su libro donde registra todos los libros y artículos que le han servido durante la investigación y la escritura de la novela.

Otro método de simular una impresión de legitimidad, utilizado por los dos tipos de la ficción histórica, es “basar lo narrado en una fuente de origen competente y fidedigna que merezca el crédito y la confianza del lector” (Fernández Prieto 1996 194). La obra intenta afirmar la veracidad de su historia a través de la utilización de los textos supuestamente existentes como el origen – lo que no es un procedimiento exclusivo del género de la novela histórica, ya que lo han usado varios tipos de textos a lo largo de la historia, tanto los ficcionales, como los científicos.

Por consiguiente muchas novelas históricas pretenden ser “transcripcion[es] de cartas, crónicas, confesiones, diarios, declaraciones o manuscritos” (Fernández Prieto 1996 194), que se consideran como fuentes confiables y auténticas. *La cofradía de la Armada Invencible* usa una técnica un poco peculiar. Para verificar la historia de la cofradía y su misión, el narrador no expone una fuente encontrada “tal como es”, que suele ser habitual, sobre todo en el siglo XIX. En cambio, se enmarca toda la trama de la novela, la que sucede en 1588, con otra historia imaginaria – en la que una mujer llamada Marta defiende su tesis doctoral sobre

Felipe II. Marta descubrió la crónica del viaje de la cofradía escrita por el secretario Fabián, pero no logró encontrar ninguna otra fuente que confirmaría la veracidad de la tarea de la cofradía. Marta está convencida de que todo es verdad, pero el tribunal ante el que Marta defiende su tesis duda de “la existencia de unos hechos cuyo único apoyo documental era el libro de crónicas de una cofradía” (Lara 431). De esta manera se produce una sensación que resulta de dos tendencias – el lector quiere confiar en Marta y en la crónica de Fabián, pero también siente la desconfianza del tribunal. Con esto, el narrador al mismo tiempo verifica la historia y la cuestiona.

En cuanto al tema del cuestionamiento de la historia en las obras de ficción, este es uno de los elementos que son exclusivos del posmodernismo. Ya se ha mencionado que la novela histórica, por ser una obra de ficción, “no está obligada a seguir con exactitud los datos históricos ni a respetar las versiones oficiales de acontecimientos o de personajes. El género requiere una base histórica documentada, pero admite diferentes grados de compromiso con ella” (Fernández Prieto 1996 191). Para adaptar los hechos históricos a la trama de la novela, el autor puede modificar cualquier detalle del pasado real, siempre que exista un fundamento histórico en el texto. Incluso se ha indicado que el escritor va tras la situación política de una época pasada y se centra en los eventos y costumbres que la historiografía ignora u olvida (Campbell 91).

Sin embargo, en el posmodernismo la literatura comienza a cuestionar la historia, o al menos, la versión oficial de la historia. Tanto por la desconfianza de la historia completa y unificada como por la duda en la objetividad del historiador,

la perspectiva omnisciente de la narrativa romántica y realista, dotada además de la autoridad cognitiva del historiador, tiende, pues, a ser reemplazada por otras formas de modalización (omnisciencia selectiva, relatos homodiegéticos o autodiegéticos) que muestran un saber limitado, a veces inseguro, vacilante y fragmentario y, en consecuencia, sólo relativamente digno de crédito. Pero, paradójicamente, estas opciones modalizadoras personalizadas y emocionales resultan a la postre más verídicas, más creíbles porque asumen la parcialidad de su versión de los hechos (Fernández Prieto 1996 195).

Mientras que en la novela histórica del siglo XIX los escritores recurrían casi invariablemente a la instancia del narrador omnisciente, la novela posmoderna utiliza otros procedimientos literarios, como por ejemplo los narradores que están presentes como los personajes en la historia o perspectivas de varios narradores que tienen puntos de vista restringidos, entre otros. Aquellos métodos expresan fragmentariedad e incertidumbre de la narración y por eso se acercan más a la visión posmoderna de la historia e historiografía. Larios concluye que “descreyendo en la forma literaria de la vieja novela, atributada por el costumbrismo y el realismo, se descrea también en la legitimación del metarrelato llamado historia” (135).

Además de estos elementos narrativos, una obra puede subvertir la historia oficial a través de la línea argumentativa. La trama puede presentar una versión de los acontecimientos que choca con la interpretación oficial, que la rechaza o que la confronta, que es muy frecuente en la ficción histórica del posmodernismo (Fernández Prieto 1996 193). Todos estos elementos están presentes en lo que Linda Hutcheon llama “historiographic metafiction⁴” – las obras literarias que combinan los recursos literarios de la metaficción con la ficción histórica (1988 5). Hutcheon lo define como un rasgo dominante de la novela histórica posmoderna, un género de novelas conocidas y populares que son autorreflexivas y tratan eventos y personajes históricos (1988 5). En su autorreflexividad, estas novelas enfatizan su estatus como ficción y su condición de constructo a través de los comentarios metanarrativos del narrador, referencias intertextuales o alusiones al proceso de redacción de textos y la escritura. En su tratamiento de historia, subvierten los relatos oficiales con el propósito de exponer las narraciones silenciadas y de redefinir la visión de la verdad completa (1988 117-121).

La novela de Lara no emplea los procedimientos narrativos mencionados (ya que su narrador es omnisciente y no expresa incertidumbre o ignorancia, ni interactúa con el lector), pero se sirve de otras técnicas metanarrativas. En el epílogo hay muchas referencias intertextuales, como por ejemplo obras de Oscar Wilde y James Joyce, *Libros de Entregas*, obra historiográfica de Geoffrey Parker, obras de los dramaturgos del Siglo de Oro, etcétera. Además, a lo largo de la novela se habla de la composición de la crónica de Fabián. Por último, se pone en duda la validez tanto de los documentos históricos como de la historia oficial. La crónica de Fabián y la tesis de Marta cuestionan la versión oficial de los eventos de la Empresa de Inglaterra en la que no se menciona la cofradía y su misión. Mientras tanto, se duda incluso de los documentos históricos que pueden parecer auténticos pero no se pueden encontrar otras pruebas para apoyar su versión de los acontecimientos. La novela revela que a fin de cuentas nunca se va a saber cuál de las dos teorías es la correcta.

Una de las características de la “vieja novela histórica” que es completamente opuesta en el posmodernismo es su tratamiento de los personajes de la novela, sobre todo los personajes históricos reales. Mientras que la novela del siglo XIX empleaba “héroes medios” como protagonistas, que eran imaginarios o personas históricas insignificantes para evitar conflictos con la historiografía, la ficción histórica posmoderna adopta una postura completamente diferente. Larios asegura que “la nueva novela histórica es contraria a los

⁴ Metaficción historiográfica

predicamentos de Lukács, sus personajes son de primera fila, pues los prefiere bastante conocidos para que le permitan establecer una profunda red intertextual de conocimientos previos, y no teme establecer disenciones [sic] historiográficas” (133). Este tipo de ficción no vacila en utilizar incluso personas ilustrísimas del pasado como protagonistas o personajes envueltos en la acción de la trama principal. Los ejemplos de *La cofradía de la Armada Invencible* son el rey Felipe o el duque de Medina Sidonia. Aunque no son protagonistas en la novela, tienen un papel esencial en la trama que no se apoya en los documentos historiográficos. Los protagonistas ficcionales interactúan de una manera personal con los dos personajes históricos.

Todo esto les permite a los autores aprovechar las ricas referencias ya existentes en la cultura. Aquella intertextualidad cultural, que se manifiesta cuando aparecen los personajes históricos en la página, “genera unas expectativas en el lector diferentes a las que pueda generar un personaje imaginario, cuya existencia comienza en el instante en que es nombrado en el texto por el narrador o por otro personaje” (Fernández Prieto 1996 190). Por los antecedentes culturales de las personas históricas, ya son familiares al lector a diferencia de los personajes ficcionales, que el lector primero debe conocer para formar un vínculo. Cuando aparece Felipe II en la novela, el lector ya tiene formada una opinión y una expectativa de cómo actuará.

A menudo las personas históricas famosas, sobre todo las que alcanzaron un estatus inmortal en la historia nacional (o internacional), pierden su personalidad en ese intercambio cultural de información. La novela histórica los redescubre, “les otorga la existencia imaginativa, el dialogo, la humanidad que el relato de legitimación nacional [...] les negó para encubrir el pasado histórico de una retórica maníquea [sic] de buenos y malos, de héroes y antihéroes, de grandes y pequeños hombres” (Larios 134). Para abreviar las relaciones enredadas entre los relatos contrarios y dar una visión unificada de la historia oficial, los caracteres de las figuras históricas y su complejidad se simplifican y se convierten en dos extremos: blanco o negro.

Las novelas históricas posmodernas intentan devolverles una parte de su humanidad, imaginando sus virtudes y defectos, y dándoles agencia más allá de lo que está escrito en la historia. Tal es la personificación del duque de Medina Sidonia en *La cofradía de la Armada Invencible*:

Los acuciantes problemas de intendencia habían minado la salud de Medina Sidonia como la carcoma el maderamen. La angustia se cebaba con él, aunque se esforzaba por aparentar tranquilidad de espíritu y contención de sentimientos, porque... Bueno, porque la sombra

de don Álvaro de Bazán, su predecesor, el viejo león marino, el vencedor de Lepanto, lo perseguía en la vigilia y en el sueño. (102)

Se representa a Medina Sidonia con típicas luchas humanas cotidianas como los problemas de salud, la angustia o baja autoestima. En la novela, el duque muestra la desconfianza de la misión hacia Inglaterra y expone dudas sobre su capacidad para liderar la Armada. Todo esto lo hace más humano, y el lector siente que puede comprender sus miedos y, en consecuencia, sus decisiones. No obstante, es importante recordar que en “el momento en que cualquier personaje histórico es incorporado a una trama ficcional se vuelve tan ficcional como cualquiera de los demás personajes inventados” (Fernández Prieto 2006 167). Por lo tanto, no todo lo que se encuentra en la novela se basa en la persona verdadera, aunque muchas veces los escritores intentan acercarse a la figura auténtica.

Para concluir la discusión de dos tratamientos de los personajes históricos – uno solo mencionándolos para evitar errores historiográficos y el otro involucrándolos directamente – los dos imponen algunas limitaciones para el autor, dependiendo del “grado de protagonismo que les confiera” (Fernández Prieto 1996 190). La utilización de una persona histórica como protagonista supone el mayor nivel de restricción artística, a diferencia de las meras alusiones. Algunos hechos comprobados del pasado, como por ejemplo algunos eventos o datos biográficos de una figura histórica, son conocidos por la mayoría de lectores y ellos “esperan verlos confirmados en la novela. El novelista deberá respetar los rasgos esenciales del personaje o del acontecimiento histórico que hagan posible su identificación por el lector” (Fernández Prieto 1996 190). Aun así, los autores posmodernos han dado a las figuras históricas más agencia en la trama, sin temor a narrativas contradictorias que cuestionan la historia oficial.

El último rasgo que se analizará como punto de diferencia entre la ficción histórica del siglo XIX y la contemporánea es el habla de los personajes. Fernández Prieto asegura que “la actualidad del habla de los personajes y/o del narrador en una novela histórica que evoca una época del pasado es un anacronismo necesario que entra en el pacto genérico de la novela histórica” (1996 199). La forma en la que hablan los personajes y el narrador (si comunica con el lector) en una novela histórica es un anacronismo porque siempre se trata de una inexactitud del discurso. Es imposible para el autor presentar un lenguaje apropiado para el período histórico teniendo en cuenta su alejamiento del presente, las diferencias del idioma por la ubicación geográfica y la posición en la sociedad de cada uno de los personajes. Por ejemplo el anacronismo más obvio en la novela analizada es el discurso de los ingleses e irlandeses, quienes comunican en español.

A diferencia de las características de Lukács, que sugieren que el habla debe ser apropiada para el período histórico representado en el texto, la novela histórica contemporánea admite “dos posibilidades de anacronismo voluntario y estilístico: la arcaización del lenguaje y su modernización” (Fernández Prieto 1996 199). La primera opción, que se utiliza en la vieja novela histórica, la “arcaización del habla de los personajes y/o del narrador produce inevitablemente un efecto de pastiche que acentúa la hipertextualidad de la novela histórica, el juego intelectual y artístico con el pasado y rebaja la historicidad del texto al aumentar su grado de estilización” (Fernández Prieto 1996 199). Es decir, cuando el autor acerca el lenguaje en la novela a la manera de hablar de la época representada, llama la atención del lector al estilo del texto, pero también se pierde la veracidad histórica ya que el discurso empleado viene de otros textos históricos y no de la realidad del pasado vivido.

Otra posibilidad, que es opuesta a la arcaización, es “la modernización lingüística”, en la que los personajes usan un idioma intencionalmente moderno, lo que no está de acuerdo con el período histórico ni el registro del discurso (Fernández Prieto 1996 200). El escritor atribuye a los personajes (y el narrador) una forma de hablar contemporánea, muy cercana al lector, con el propósito de causar “una ruptura de las expectativas del lector y obedece a una intencionalidad paródica, irónica o satírica” (Fernández Prieto 1996 200). El habla de los personajes de *La cofradía de la Armada Invencible* pertenece a la modernización, como se puede ver en el ejemplo siguiente:

“A propósito, Felipe, ¿qué tal el ebanista? ¿Os ha dado confianza como artesano? ¿Construirá los tronos para las imágenes?”

“Me lo ha quitado su paternidad de la boca. ¿Cómo vamos a pagarlos ahora? ¿Y la cera que íbamos a comprar para tanta procesión como tenemos por adelante?”

“Han sobrado cinco escudos...”

“Es insuficiente, don José. Hemos acordado un precio de veinte y entregado diez a cuenta. Aún nos faltan cinco escudos de oro. No es moco de pavo...” (123)

La interacción entre el gobernador Felipe y don José (a excepción de la moneda mencionada) podría tener lugar en cualquier sitio hoy en día. Las expresiones como “quitárselo alguien de la boca”, “a cuenta” y “no es moco de pavo” son utilizadas en una manera contemporánea, como los emplearía un hablante contemporáneo. Además, gracias a estos modismos y la forma de hablar entre los personajes, la novela de Lara no tiene un estilo refinado, sino una escritura sencilla y directa.

Como se ha demostrado, *La cofradía de la Armada Invencible* encaja mejor con la teoría posmoderna de la novela histórica que su versión del siglo XIX, lo que tiene sentido ya que se trata de una novela contemporánea. A continuación se analizarán las similitudes y

diferencias entre los hechos descritos en las obras historiográficas y su versión en la novela de Lara. Antes de esto, es esencial presentar el contexto histórico de España durante el reino de Felipe II y su relación con el Reino Unido, lo que precede a los acontecimientos de la trama de la novela.

7. El contexto histórico de la España de Felipe II

El siglo XVI es uno de los siglos más interesantes de la historia de España. Junto con el siglo anterior, es un siglo lleno de cambios y transformaciones en todos los ámbitos de la sociedad y cultura española, pero también el siglo cuando España fue el líder de la política europea (y, desde el punto de vista europeo, la política mundial). Debido a esto, es difícil profundizar en todos los acontecimientos políticos y el ajuste social de este período, por lo que en este capítulo se considerarán solo los aspectos que están vinculados con las razones para la guerra entre España e Inglaterra y los hechos relevantes para la Gran Armada española y su travesía.

La España de los siglos XV y XVI no era un país unificado en ningún sentido, ni políticamente ni económicamente. Era un país con pocos recursos naturales importantes, con extremos entre riqueza y pobreza (pero la pobreza prevalecía en los pueblos, sobre todo en Castilla). Además, la tierra fue dividida en una multitud de pequeñas regiones comerciales que tenían poco contacto entre sí, por lo que existía una gran desigualdad entre varias regiones e incluso localidades más pequeñas. (Kamen 2005 51).

En cuanto a su división política, gracias al matrimonio de los Reyes Católicos, dos grandes reinos de la península Ibérica, el de Castilla y el de Aragón fueron aliados y llegaron a ser la herencia de su nieto Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, cuando por primera vez se unieron bajo una misma persona. Sin embargo, las dos coronas quedaron autónomas en todos los aspectos aparte de su monarca: todas sus instituciones políticas, económicas y sociales estaban separadas, desde su legislación y consejos de administración hasta el comercio (Kamen 2005 10-12).

La situación era igual durante el reinado de Felipe II. Aunque es conocido en todo el mundo como rey de España, Felipe realmente nunca llevó tal título. En cambio, era el gobernante de varios reinos separados, cada uno con sus propias instituciones fiscales, judiciales y militares. No hubo uniformidad de impuestos, reglas, leyes o formas de representación (Drelichman y Voth 19). Debido a esto, los dominios diferentes se trataban

como entidades independientes con unas posiciones administrativas y gubernamentales distintas.

En primer lugar, en los territorios españoles no regidos por la ley castellana, el poder del rey estaba restringido y se consideraba regulado por un contrato entre la corona y los súbditos (Kamen 2005 156), es decir, no era un dominio absoluto. Sobre todo cuando se toma en cuenta el poder que Felipe ejercía en Castilla, su relación con Aragón era mucho menos consolidada, ya que su “power over Aragon was far more attenuated than it was over Castile⁵” (Poole 5). Por ejemplo, la corona de Aragón tenía diferentes impuestos por los que aportó pequeñas sumas, mientras que la mayor parte de los ingresos provenían de Castilla. Gracias a esto, Castilla tenía más influencia en la política gubernamental para toda la península y los territorios correspondientes (Kamen 2005 51). Esto significa que muchas veces las demandas del rey no se consideraban tan definitivas en Aragón como en Castilla, pero incluso que el rey sabía que peticiones podía exigir de cada reino. Aun así, Kamen asegura que Felipe “intervened as little as possible in the internal government of the states of the monarchy⁶” (2002 194). En cambio, se centró más en los asuntos externos e internacionales.

La autoridad del rey variaba en estructura y en jurisdicción de un reino a otro, de una ciudad a otra. Diferentes grupos poderosos, como el clero o la nobleza, actuaban como un tipo de control sobre la gobernación real. Felipe II ejerció su poder a través de una serie de consejos cuyo número creció de once a catorce durante su reinado. Estos eran de dos tipos: territoriales (es decir, los que administraban sobre un determinado territorio) y no territoriales (los que se ocupaban de varios asuntos más o menos específicos). Todos estos consejos ejecutaban una función puramente consultiva – el rey no debía aceptar sus consejos y propuestas. En aquella mezcla de estados y administraciones, solo el rey tenía acceso a toda la información (Poole 5-6).

En el siglo XVI, los monarcas españoles adquirieron vastos territorios. Además de sus territorios europeos, los reinos españoles, concretamente la corona de Castilla, comenzaron a gobernar las tierras enormes de las Américas, además de los reinos aragoneses, los reinos de los Austrias en Europa y plazas en África que mantenían. Cuando Carlos I abdicó del trono a favor de su hijo Felipe, le dejó las Coronas de Castilla y Aragón (que incluían las Américas y todo el resto de los territorios correspondientes), los Países Bajos, Condado de Borgoña y el norte de Italia, con lo que se separaron los dominios de los Habsburgos de las Austrias y los de España (Phillips y Phillips 188).

⁵ Su poder sobre Aragón estaba mucho más disminuido que su poder sobre Castilla.

⁶ Felipe intervino lo menos posible en el gobierno interno de los estados de la monarquía

Felipe se encontraba en Bruselas cuando su padre le dejó el gobierno de sus dominios (estuvo en los Países Bajos en 1555 y después en Inglaterra en 1556). El joven rey estaba en el norte de Europa para dedicarse a los asuntos internacionales, principalmente su matrimonio con la reina María de Inglaterra y la guerra contra Francia. Su esposa falleció en 1558 y la paz con Francia se acordó en 1559 (una de las condiciones fue el matrimonio entre Felipe y la hija del rey francés, Isabel de Valois). El mismo año, Felipe volvió a España. Nunca volvió a abandonar la península, pero eso no significa que ya no participara en la política internacional (Kamen 2005 128).

En cuanto a sus intereses políticos, Henry Kamen propone que la monarquía española es especial entre los imperios de la historia porque “[it] was not the consequence of empire building nor of an aggressive imperialism⁷” (2002 154). O sea, el imperio español no siguió creciendo como resultado de campañas militares, como por ejemplo el imperio Romano. Durante el reino de Felipe II, a excepción de Filipinas y algunas fortalezas en Italia, las fronteras del imperio quedaron las mismas como las que el rey heredó de su padre (Kamen 2002 154).

Sin embargo, parece que España, aunque no era activamente expansionista, se vio envuelta en varios conflictos por la necesidad de proteger sus intereses (que es una de las razones por las que sus políticas no se pueden considerar como uniformemente agresivas). Tampoco sus ambiciones eran exclusivamente ideológicas, o sea, religiosas, ya que raramente coincidían con los objetivos del papado (Kamen 1988 10). Felipe II quería defender los territorios que ya eran bajo su dominio, pero su política defensiva inevitablemente llevó a soluciones violentas. Es importante observar que aunque España se considera como uno de los imperios más poderosos de la historia, nunca anexó ningún país. Como se ha mencionado, los reinos y territorios bajo el gobierno español conservaron sus nombres, fronteras y derechos. Se encontraban en una unión personal por medio de la figura del monarca – por eso el nombre de “monarquía” (Kamen 1988 7-8).

La ocupación de Portugal en 1580 no es ninguna excepción. Felipe, quien tenía derechos más sólidos para subir al trono (a través de su madre, la reina Isabel, que era una princesa portuguesa), entró en el país con una fuerza militar. No obstante, eso no fue ninguna conquista, ya que Portugal retuvo todas sus libertades y autonomía (Kamen 2005 132-133). Felipe era el heredero directo (su abuelo fue Manuel I, el rey de Portugal), su candidatura fue

⁷ No fue consecuencia de la construcción del imperio ni de un imperialismo agresivo

aprobada por las Cortes portuguesas y se adhirió fielmente a su compromiso de mantener a los gobiernos de Portugal y Castilla completamente separados (Kamen 1988 8).

Aunque no condujo una política internacional agresiva y expansionista, uno de los principales aspectos que marcaron el largo reinado de Felipe II fue precisamente la guerra. Felipe pasó todo el período de su reinado en guerra (a excepción de seis meses), a menudo luchando en varios frentes a la vez (Parker xvii). Frecuentemente, el rey tuvo que dividir sus intereses entre el Mediterráneo y el norte de Europa (Kamen 2005 135). De todos los conflictos en su política exterior, tres fueron cruciales, los que consumieron más tiempo y finanzas de Felipe: los enfrentamientos con los turcos otomanos, la guerra de Flandes y los problemas con Inglaterra (Kamen 2005 135-141).

En la primera mitad de los años 1560, España se centró completamente en las batallas con los otomanos sobre el control del Mediterráneo. En este período, ambos lados tuvieron algunas victorias importantes, o, dependiendo del punto de vista, pérdidas graves – las dos más importantes fueron la batalla de Los Gelves en 1560, cuando los europeos perdieron casi la mitad de sus naves, y el sitio de Malta de 1565 en el que la Orden de Malta con la ayuda de los españoles defendió la isla de los invasores turcos (Kamen 2005 136). Este conflicto trajo consigo una de las victorias más importantes del mundo cristiano contra los otomanos – la batalla de Lepanto. Después de la ocupación turca de Chipre, Venecia (cuyo territorio era Chipre hasta entonces) y el Papa Pío V buscaron aliados que se unieran a la Liga Santa y combatieran a las fuerzas invasoras (Parker 203-204).

En 1571, Felipe acordó pagar la mitad de la empresa, mientras que el resto fue proporcionado por otros participantes. Su medio hermano don Juan de Austria, hijo ilegítimo de Carlos I, tomó el mando de la flota unida y logró una victoria impresionante. Aunque esto no impidió a los turcos por completo, se detuvo su progreso hacia el oeste, por lo que se calmó la situación durante la década de los 1570 (Parker 204-205). Desde 1580, España ya no centraba sus esfuerzos en el Mediterráneo porque la amenaza turca disminuyó considerablemente. En cambio, Felipe volvió su mirada hacia el Atlántico (Kamen 2005 139).

Antes de explicar el segundo conflicto, el con los Países Bajos, es importante comentar la tensa situación religiosa tanto en España como en Europa. El siglo XVI es el siglo de la Reforma protestante en Europa, sobre todo en el norte. La Reforma provocó tensiones e intolerancia entre católicos y protestantes recién convertidos, la situación que se prolongó casi hasta finales del siglo. Dado que era el emperador de una gran parte de Europa, Carlos I se centró en la lucha contra los protestantes, quienes consideraba como herejes, para conservar la unidad de los cristianos católicos (Phillips y Phillips 178).

Felipe se vio obligado a continuar la lucha de su padre contra la Reforma protestante así como su política imperial y europea (Pérez 205-206). En las instrucciones de Palamós de 1543, Carlos redactó un código de conducta para su hijo. Entre otros consejos, le encomendó servir a Dios, defender la Inquisición y suprimir la herejía. También le recomendó mantener la herencia dada por Dios y no ceder sus territorios, lo que Felipe siguió hasta el final en los Países Bajos. Tanto para Carlos como para Felipe, la guerra contra la herejía fue fundamental (Kamen 2005 129-135).

Ya durante el reino de Carlos I, en España se extendió la influencia del filósofo y teólogo Erasmo de Róterdam. En 1517 el cardenal Cisneros, quien en aquel momento gobernó la Corona de Castilla en ausencia del rey, invitó a Erasmo a visitar España, lo que Erasmo rechazó. No obstante, la universidad de Alcalá, fundada por Cisneros unos veinte años antes, siguió representando el foco del humanismo y erasmismo en la península (Kamen 2005 117-118). Durante los años 1520, dos obras principales de Erasmo (los *Coloquios* y el *Enquiridion*) se tradujeron al castellano y sus ideas reunieron a muchos defensores, algunos de ellos en altos cargos en el gobierno y en la Inquisición. Pero, un poco antes del comienzo del reino de Felipe, por el cambio de la situación religiosa en Europa y la muerte de los erasmistas más influyentes en España, se empezaron a examinar las obras de Erasmo y el erasmismo se vio afectado por la censura y persecución de la Inquisición (Pérez 232-233).

España se convirtió en la base de la resistencia católica ante incipientes grupos protestantes del norte de Europa (Vicens Vives 80). A diferencia de otros países europeos (sobre todo Francia), el protestantismo no se materializó en España, a pesar de la circulación regular de libros e ideas. El papel de la Inquisición fue muy importante durante este período – su objetivo era precisamente eliminar la herejía – y España era el único país europeo con tal institución. Con su vigilancia y coordinación, la Inquisición controlaba la aparición de la herejía y protestantismo desde sus orígenes. Su influencia considerable también se efectuó a través de la censura vía el Índice de libros prohibidos que apareció con su primera edición en 1551 y fue ampliado notablemente en 1559, con el objetivo de que libros “herejes” ni entraran en España (Kamen 2005 123-126).

Felipe incluso limitó las posibilidades de una rebelión religiosa y cerró Castilla “a las influencias del exterior” (Vicens Vives 80). El rey impuso restricciones para los protestantes que visitaban a España y a los que estudiaban en los países protestantes (Phillips y Phillips 191). Además, ordenó a los españoles quienes estudiaban en las Universidades extranjeras, excepto algunas universidades en Italia, como Bolonia, Nápoles o Roma, que volvieran a España (Vicens Vives 80-81). Sin embargo, Henry Kamen sostiene que todas estas

limitaciones no eran tan radicales. España no rechazó a toda Europa, solo se centró más en la perspectiva nacional, que era común en otros países como Inglaterra. Asimismo, las restricciones no eran aplicables al clero, ni a los súbditos de la corona de Aragón, mientras que los propios castellanos no obedecieron a la orden y continuaron estudiando en el extranjero si querían (2005 126).

Entonces, España siguió siendo activamente católica romana, y el rey utilizaba los recursos españoles, que provinieron principalmente de la plata americana y la próspera economía de Castilla (Drelichman and Voth 19), para luchar por la causa católica en el Mediterráneo y el resto de Europa. También, al parecer, continuó excluyendo a protestantes, judíos y musulmanes de su imperio Americano. Felipe tenía una rígida postura hacia la religión, lo que ayudaría a llevar los Países Bajos hacia la rebelión e incluso estimular la propaganda anti-española (Phillips y Phillips 192). No obstante, según Kamen, “the priority given by Philip to religion [...] was never absolute⁸” (2005 135). Su famosa declaración de 1566, que hizo a través de su embajador en Roma – “Prefiero perder todos mis estados antes que gobernar sobre herejes” – fue una exageración ante el Papa para contrarrestar las críticas de su tratamiento de la situación en Flandes (Kamen 2005 135). A pesar de ser un católico devoto, Felipe siempre tenía en cuenta sus intereses políticos como rey de España y actuaba con una precisión calculada (Williams 42).

Uno de los enfrentamientos que surgió debido a la actitud religiosa inflexible del rey prudente, fue la guerra de Flandes. También llamada la guerra de los Ochenta Años, la rebelión consumió enormes recursos españoles y utilizó muchísimas tropas, comandantes militares y diplomáticos españoles y europeos en un momento u otro (Drelichman and Voth 61). Es un conflicto muy complicado y largo, por lo que se explicarán solo sus principios y los puntos relevantes durante la guerra anglo-española.

La rebelión empezó como una disputa religiosa pero muy pronto se convirtió en un conflicto nacional, social y económico, e incluso llegó a ser la guerra de independencia de los Países Bajos. En los años 1560, cuando el protestantismo se seguía extendiendo por el norte de Europa, la gobernadora de los Países Bajos fue Margarita de Parma, media hermana de Felipe II. El rey Carlos ya intentó sofocar la propagación del calvinismo con las leyes contra la herejía como en todos los territorios bajo su reino, lo que Felipe continuó. Felipe incluso envió al cardenal Granvela para fundar la Inquisición en Flandes, lo que no era bien recibido por la nobleza y el pueblo (Parker 140-143).

⁸ La prioridad que Felipe le dio a la religión nunca fue absoluta.

Granvela fue despedido pero Margarita todavía pidió a Felipe que relajara las leyes de herejía; el rey, preocupado con los turcos en el Mediterráneo, se negó a hacerlo. En 1566, en una situación económica dura y después de una subida de precios, los nobles holandeses en el Compromiso de Breda solicitaron la libertad religiosa y la disolución de la Inquisición. Margarita lo aprobó por una situación tensa, gracias a que los calvinistas acudieron en masa a los Países Bajos de otros países como Francia o Alemania y empezaron a predicar – lo que subió el número de protestantes en esta región (Parker 144-149).

El mismo año, grupos de calvinistas se rebelaron contra la situación religiosa rígida en los Países Bajos y empezaron a destruir las iglesias y símbolos católicos. En 1567 el duque de Alba fue enviado allí con un ejército con órdenes de hacer lo que fuera necesario para reprimir la revuelta holandesa (Phillips y Phillips 194). El problema era que Margarita ya tenía todo bajo su control, pero Alba procedió con la empresa sin hacer caso de esto. Ejecutó a un gran número de personas, entre ellos a los condes de Egmont y Horn, por lo que el refugiado Guillermo de Orange decidió formar un ejército para combatir la tiranía. El rey Felipe no pudo visitar Flandes para calmar las tensiones por su situación familiar (la muerte de su hijo y su esposa). Alba empezó a recoger los impuestos del pueblo holandés para pagar el ejército, con lo que puso a la gente en su contra (Kamen 2005 137).

Esta lucha, que asumió la forma de una guerra ideológica, tenía entrelazadas razones religiosas y nacionalistas. Los insurgentes holandeses buscaron el apoyo de Inglaterra y otros países protestantes. En 1573 el duque de Alba se vio reemplazado por Luis de Requesens en los Países Bajos con el objetivo de intentar llegar a un acuerdo pacífico (Pérez 207). Desafortunadamente los dos lados no lograron hacerlo y Requesens murió en 1576. Fue sustituido por don Juan de Austria. Después de muchas luchas y problemas con la paga para los soldados, don Juan también falleció muy pronto, en 1578. La revuelta en los Países Bajos llegó a ser una catástrofe para las finanzas reales y contribuyó a una nueva crisis financiera para Felipe (Poole 171).

Don Juan sugirió a Alejandro Farnesio, duque de Parma, como su sucesor y Felipe aceptó. Para entonces, los dos lados crearon dos estados diferentes en guerra, uno protestante y otro católico. Parma logró un gran éxito militar tras otro – en 1583 capturó Dunkerque y Nieuport, en 1584 Bruselas, Brujas y Gante, y en 1585 Amberes, el premio más grande de todos. Todos sus triunfos le permitieron a Felipe avanzar contra Inglaterra e involucrarse en la política francesa (Williams 186-187). Además, la situación en Flandes fue crucial para el deterioro de las relaciones entre Inglaterra y España.

8. La presencia del contexto histórico en la novela de Lara

Antes de dedicarse al tercer conflicto que consumió las finanzas y tiempo del rey español, vamos a examinar cómo Emilio Lara incorpora el contexto histórico en su novela, o sea, qué sucesos menciona y de qué manera. Un hecho que no se ha mencionado antes, pero es importante para la vida política y privada de Felipe y aparece como un escenario recurrente en la novela es El Escorial – el proyecto favorito de Felipe, que le trajo mucho orgullo y alegría.

Antes de comenzar la edificación del palacio-monasterio, Felipe estableció su capital en Madrid en 1561 y le dio a la corte castellana por primera vez una residencia permanente. Madrid, que era una ciudad relativamente pequeña y sin importancia en ese momento, aunque tenía una fortaleza real, se ubicaba en el centro de la península y tenía un gran potencial para convertirse en un ambiente adecuado para un imperio mundial (Phillips y Phillips 190). La construcción del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, que duró 21 años (empezó en 1563 y se finalizó en 1584), fue el proyecto más grande del reinado de Felipe. El rey estaba obsesionado por ello, lo que causaba gran angustia de sus consejeros y ministros, porque él mismo examinó cada detalle de los planos y supervisaba muchas de las operaciones de construcción (Williams 56).

Entonces no es sorprendente que Lara decidiera usar el palacio-monasterio como telón de fondo para algunos eventos del libro, especialmente los que incluyen al rey mismo. La novela comienza en El Escorial con una escena de la procesión de la cofradía, el rey y su séquito:

Todo era gris en aquella mañana: nubes, piedras y aire. Un cielo entoldado amenazaba lluvia. Los sillares de granito del monasterio tenían el color de la pena. El viento arrastraba jirones de incienso y el humo de los cirios de la procesión que, después de rodear San Lorenzo de El Escorial, atravesaba el Patio de los Reyes (11).

La falta del color en la escena (todo es gris) parece ser una premonición de la subsiguiente tarea de la cofradía. El escritor muestra que el sitio y la compañía del rey y su séquito fueron un privilegio para los cofrades, sobre todo para el joven Fabián, quien “nunca había estado en un sitio tan importante ni rodeado de gente tan principal” (12). Fue un gran honor ser invitado al palacio.

Después de que los cofrades partieran de El Escorial, el palacio-monasterio se presenta cada vez que se muestra el punto de vista del rey sobre los eventos. Aunque el lector nunca recibe una descripción completa de El Escorial, los capítulos del rey exponen algunos

fragmentos detallados del palacio. Se enfatiza la seriedad, simplicidad y religiosidad del palacio-monasterio como sus rasgos más prevalentes: “La austeridad reinaba en todos los rincones escurialenses. Sobre la mesa, descansaban un sencillo crucifijo de latón y el relicario” (28).

No obstante, no todo lo que rodea a Felipe es serio y sombrío. En contraste con el edificio, los jardines presentan un ambiente tranquilo, hermoso y feliz:

En los jardines se oía el sonido del agua en los pilones, el piar de los gorriones y el zureo de las palomas. La brisa arrastraba el aroma de los planteles de frutales y el perfume de los alhelíes, la salvia y la mejorana. El balsámico aire que se respiraba en aquel jardín botánico endulzaba el alma (325).

El rey pasea por el Jardín de los Frailes para relajarse antes de proseguir con sus graves obligaciones diarias. Sus habitaciones privadas tienen ventanas orientadas hacia los jardines por las que “penetraba el aroma a pino” (193) y se oyen “los grillos cantando su cricrí bajo la luz azulada” (195). El ambiente de los jardines se infiltra en el grave y caluroso interior del palacio. Como El Escorial se identifica con el rey, ya que siempre aparecen juntos en la novela y se presentan con las mismas cualidades, esto da a entender que el rey no es tan severo como parece, y que tiene lados más ligeros y relajados, los mismos rasgos que los jardines representan para el palacio. Desafortunadamente, esta oportunidad se derrumba porque nunca se muestra al rey revelando nada más que su exterior sombrío, digno y diligente.

En cuanto al resto del contexto histórico de la novela, el autor incorpora muchos elementos a lo largo del texto. Por ejemplo, hay detalles que indican la inmensidad de los territorios de Felipe: “En las paredes colgaban los grabados mapas del *Orbis Terrarum* como muestra de que el Rey Prudente gobernaba sobre medio mundo” (193), como también los que integran algunos eventos históricos – como la anexión de Portugal que se ha mencionado en la parte anterior.

Además, Lara utiliza la relativa inexperiencia de los cofrades para exponer la desigualdad de varias regiones del Imperio español. Por ejemplo, en una ocasión se describen los pueblos pobres de Castilla, “donde la pobreza se dignificaba llamándola sobriedad, y donde los edificios de más empaque eran invariablemente los religiosos y las calles apestaban a cagajones de las bestias y las deyecciones del ‘¡agua va!’” (95). En contraste con aquellos pueblos, las diferencias entre las regiones son evidentes cuando la cofradía entra en la próspera capital portuguesa: “Lisboa fue una epifanía para los cofrades. La ciudad les pareció moderna, fastuosa, deslumbrante. Acostumbrados al hedor fosilizado a basura, orines y boñiga de muchas villas castellanas, Lisboa les resultó la antesala del paraíso” (94). La

impresión de Lisboa en los cofrades, desde “la original belleza de sus edificios y el lujo desopilante de sus tiendas” hasta “casas de fachadas ornamentales y palacios de fantástico estilo manuelino” (94), revela que la situación es completamente opuesta en los pueblos de Castilla.

La religiosidad del período se expone constantemente a través de los ritos religiosos de la cofradía, el rey y el resto de personajes. Incluso hay conversaciones de la limpieza de sangre, un concepto fundamental en aquel período. Era muy importante para la gente no estar vinculado con los judíos ni musulmanes, por las razones políticas y sociales. Esta noción aparece en la novela cuando uno de los cofrades pregunta por qué los tiene que acompañar el inquisidor ya que “Somos cristianos viejos. No tenemos ni una gota de sangre marrana en nuestro cuerpo” (33).

También hay muchos puntos en los que se discute el conflicto entre el catolicismo y el protestantismo, y las prácticas protestantes. El rey está consternado por “las atrocidades que los protestantes hacían con las reliquias” (164). Su actitud hacia la Reforma protestante se menciona varias veces: “Profanadores de tumbas, saqueadores de sagrarios, salteadores de almas... Por eso Su Católica Majestad había decidido atesorar las reliquias de media Europa, con el fin de salvaguardarlas y evitar que fuesen destruidas por los impíos” (164-165). Este es otro detalle valioso que Lara incluyó en la trama, ya que Felipe en realidad recolectó reliquias a una gran escala (Williams 58). El escritor incluso incorpora esta afición del rey español en la historia inventada – el rey les entrega a los cofrades una reliquia muy preciada, un trozo del Paño de Pureza de Cristo, que Felipe II recibió del Papa como muestra de su apoyo a la jornada de Inglaterra. La reliquia “ni siquiera ha sido consignada en los Libros de Entregas donde constan las reliquias de El Escorial” (26) y, al final, la cofradía se queda con ella como recompensa por no haber estado pagados para su misión.

Durante su viaje hacia Irlanda, don José de nuevo consigue la oportunidad de explicarles a sus compañeros “indoctos” que los protestantes creían que:

la sagrada forma era pan de tahona, y que el vino de la consagración mosto aguado; que las imágenes eran simples trozos de madera, y que las cofradías no eran más que una reunión de idólatras; que la comunión de los santos era toda una sandez, la confesión una farsa, y la Virgen María la simple madre física de Cristo, y no la Madre de la Humanidad. (187)

Comprender esto es particularmente difícil para los cofrades porque las prácticas a las que dedicaron su vida en la cofradía son menospreciadas por los protestantes. Al mismo tiempo se ridiculiza a los cofrades por su fe inquebrantable cuando empiezan a cuestionar las convicciones de los protestantes. Cuando don José les revela que Lutero tradujo la Biblia al

alemán, Fabián exclama “¡Qué barbaridad!” y añade perturbado que “así cualquiera podría entenderla, sin necesidad de que los curas la interpretan rectamente” (187).

Hay otro ejemplo donde se ridiculiza la rigidez de la fe católica en la novela, pero esta vez se trata la Inquisición. La cofradía está acompañada por el inquisidor don Salvador Lucero en su misión. Su tarea es conservar la ortodoxia de la religión en Irlanda y prevenir las desviaciones doctrinales, o sea, asegurarse de que los irlandeses practiquen la fe católica de la manera correcta. El inquisidor es rígido y vengativo, predica a los cofrades todo el tiempo y les regaña. Incluso atrae a doce estudiantes que lo siguen, pero se revela que está leyendo un libro hereje que aparece en el Índice de los Libros Prohibidos. De esta manera, el inquisidor encarna todas las peores características de la Inquisición, pero se muestra que su autoridad no es fidedigna.

Por último, Lara incorporó en el texto las piezas de información sobre la guerra de Flandes. Cheto, uno de los cofrades, fue soldado de los tercios de Flandes y es muy apasionado cuando habla de su tiempo allí. Otro cofrade, Luis Delicado, cuyo hijo primogénito murió en los Países Bajos durante la guerra, se quedó solo cuando murió su esposa, por lo que su único consuelo fue la cofradía. Como no fue nombrado gobernador, se volvió loco y empezó a matar a sus amigos. El autor representó un impacto más amplio de la guerra en los Países Bajos, es decir, sus consecuencias para la vida cotidiana de la gente del pueblo y no solo su significado político.

El autor también incluye un capítulo desde el punto de vista de Alejandro Farnesio. Aunque este capítulo es vinculado más con la situación en los Países Bajos cuando la Armada ya ha zarpado, el duque de Parma reflexiona sobre sus éxitos como el comandante del ejército de Flandes: “La fama de hombre afortunado y valiente la adquirió en los campos de batalla de Flandes. Los de infantería decían [...] que respiraba pólvora en vez de aire. Se aproximaba tanto a las ciudades protestantes sitiadas que los tiros zumbaban sobre su cabeza y los proyectiles alzaban nubecillas de tierra a su alrededor” (200). Se representa al duque de Parma como un personaje imperturbable, un comandante audaz, sin miedo. Entre líneas se menciona el hecho de que la guerra de Flandes fue una carga financiera para el monarca español – el texto revela que la Corte envió a un veedor “para supervisar los desorbitados gastos de los tercios” (201). Finalmente, se menciona el Camino Español, una ruta desde la península ibérica y los territorios italianos bajo la Corona de Aragón hasta los Países Bajos que servía para transportar tropas y finanzas (Kamen 2005 137). En la novela, Farnesio piensa en los soldados nuevos que eran “los últimos alistados, llegados a Flandes a través del Camino Español” (202). Con este detalle pequeño, se revela la fuente de todos los recursos para este

conflicto duradero; las finanzas de los banqueros italianos y las tropas preparadas y formadas en Italia.

9. La relación anglo-española en la segunda mitad del siglo XVI

Para continuar con los hechos históricos importantes para la novela, vamos a pasar a las razones que causaron la guerra entre España e Inglaterra. El deterioro de la relación anglo-española y la consiguiente guerra no llegaron de una vez, como consecuencia de un gran evento. Pequeñas acciones se acumularon lentamente desde la década de los 1560 hasta que comenzó la guerra oficial en 1585. Joseph Pérez separa la relación entre España e Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVI en tres etapas: el período de unión durante el matrimonio entre Felipe y María Tudor, la fase de la paz oficial cuando empiezan las situaciones tensas y pequeñas agresiones entre sí y, finalmente, la guerra abierta que culminó con la invasión de la Armada Española contra Inglaterra en 1588 y continuó hasta el tratado de Londres de 1604 cuando ya habían fallecido Felipe e Isabel I de Inglaterra (Pérez 208).

Al igual que el resto del norte de Europa, Inglaterra tuvo dificultades con la inestabilidad religiosa en el siglo XVI. Entre el reinado de Enrique VIII e Isabel I, la situación religiosa en el país era insegura y cambiaba con frecuencia. Enrique VIII se separó de la Iglesia Católica, se proclamó el gobernador supremo de la Iglesia de Inglaterra y acogió el protestantismo. Después de un corto reino de su hijo Eduardo VI, lo sucedió María I, cuya madre era la hija de los Reyes Católicos. La reina consorte inglesa Catalina de Aragón, la tía de Carlos I, tenía una profunda devoción por la Iglesia Católica. Por eso, su hija María también fue criada como católica y cuando llegó al trono, restauró el catolicismo en Inglaterra.

Por sus lazos familiares y la misma afiliación religiosa, Carlos arregló el matrimonio entre su hijo Felipe y su prima María Tudor, para reforzar la alianza diplomática entre los reinos de España e Inglaterra. Los dos no unieron sus territorios; en cambio, cada uno de ellos era el consorte en la corte del otro, pero no tenían derechos de ejercer ningún poder real (Williams 22). Es el período de las relaciones muy amables entre los dos países.

El matrimonio de la reina María I con Felipe de España alarmó a muchos súbditos ingleses protestantes, porque Felipe tenía la reputación de ser el defensor feroz de la causa católica en Europa. Sin embargo, contrariamente a sus peores temores, el rey español tomó una postura prudente con respecto a la religión, ya que trató de suavizar las decisiones de

María, quien quería imponer los castigos ejemplares a todos los protestantes ingleses (y muchas veces lo hacía). Además, Felipe se ocupó del mejoramiento de las defensas de las costas inglesas en la Mancha frente a Francia y los Países Bajos – el éxito que 30 años más tarde sería un obstáculo para la Armada (Phillips y Phillips 189).

Aunque María murió en 1558 sin dejar heredero, las relaciones entre los dos países se mantuvieron muy favorables. Su hermana Isabel I la sucedió en el trono inglés, pero no reveló su afiliación religiosa de inmediato. Felipe e Isabel eran decididos a mantener la amistad entre Inglaterra y España, sobre todo porque la nueva reina consorte de Francia y la reina de Escocia, María Estuardo, incluso era la siguiente en la línea de sucesión para el trono inglés. Ni Felipe ni Isabel querían que los franceses se fortalecieran con sus lazos políticos. Ya en 1559 Felipe propuso el matrimonio entre él y la reina inglesa pero Isabel lo rechazó por razones políticas y religiosas. No obstante, Felipe seguía comprometido con asegurar el apoyo inglés contra Francia y fortalecer los vínculos económicos entre Inglaterra y los Países Bajos (Williams 30).

En 1561 y 1563 Felipe defendió a Isabel de Inglaterra ante el papa para que no la excomulgara, por sus intereses en Francia. Felipe no quería que los franceses se ganaran poder sobre María Estuardo, aunque fueran católicos. Su unión habría podido amenazar gravemente la seguridad de España. Para entonces, la administración de Isabel comenzaba a mostrar que se inclinaba hacia el protestantismo (Kamen 2005 136). No obstante, Felipe sabía distinguir sus objetivos políticos de sus objetivos religiosos y seguía protegiendo a la reina inglesa. No quería que los súbditos católicos de Inglaterra fueran obligados a elegir entre su país y su religión (Williams 30).

Las relaciones empezaron a deteriorar con la rebelión de los calvinistas en Flandes en 1566. Felipe e Isabel fueron determinados de que permanecieran amigables entre sí. Su relación inicialmente sobrevivió las tensiones creadas por la brutalidad del duque de Alba en los Países Bajos. A pesar de la intensa presión política, Isabel mantuvo que la rebelión contra Felipe era ilegal y, por lo tanto, ella no les podía ayudar (Williams 124). Con el encarcelamiento de María Estuardo en 1567 y su subsiguiente llegada a Inglaterra el año siguiente, el Papa estaba listo para eliminar a Isabel y poner a María en el trono. Felipe aún no estaba preparado para librar una cruzada por el catolicismo en Inglaterra y no arriesgaría una guerra con Isabel para satisfacer las ambiciones del Papa o de María Estuardo. Sin embargo, en 1568 y 1569 tuvieron lugar dos eventos independientes entre sí que comenzaron a aumentar la tensión entre los dos monarcas (Williams 112).

El primer suceso ocurrió cuando Isabel confiscó cinco buques españoles que buscaron refugio en un puerto inglés en 1568. Los buques estaban llevando el pago para los soldados del ejército de Flandes quienes mantenían el orden en el área rebelde de los Países Bajos (Konstam 9-10). La reina inglesa se defendió diciendo que el botín era propiedad de los banqueros y que ella simplemente lo había prestado antes que Alba. En respuesta, el duque impuso un embargo al comercio inglés con los Países Bajos y la guerra comercial continuó hasta 1574, lo que perjudicó a España mucho más que a Inglaterra (Williams 125).

En el mismo año, una expedición hacia el Nuevo Mundo de John Hawkins (entre otros, con él estaba Francis Drake), que comerciaba con bienes ilegales, fue asaltada por las autoridades españolas en el golfo de México, cerca de San Juan de Ulúa. El año siguiente, Hawkins y Drake regresaron a Inglaterra para denunciar la “traición” de las autoridades españolas (Konstam 10). Williams nota que “England had restated its power in the Channel and Spain had done exactly the same in the Caribbean: England’s Channel, Spain’s Caribbean⁹” (125). Es decir, el secuestro de los bienes españoles por Isabel y la agresión de los españoles contra la expedición inglesa fueron dos actos al mismo nivel y con el mismo propósito – reafirmar el poder en su territorio – pero los dos monarcas no lo vieron como tal. Debido a estos dos eventos, Felipe comenzó a considerar los beneficios de María Estuardo en el trono inglés. En 1570, para colmo, el Papa excomulgó a Isabel, así que era legítimo que los católicos la derrocaran o incluso que planearan su muerte (Williams 126). Esto obligó a los católicos de Inglaterra a elegir entre su reina y su fe, y a los protestantes a verlos con sospecha y acusarlos de traición.

En 1572, un banquero italiano llamado Ridolfi conspiró contra Isabel para poner en el trono a la reina católica María de Escocia – buscó ayuda de la corona española y fue rechazado. Esto se descubrió y se culpó a Felipe a pesar de que no prometió ayuda alguna (Williams 127-128). Desde entonces, Isabel de Inglaterra renunció la pretensión de amistad. En los años 1570 empezó a apoyar más o menos abiertamente a los rebeldes anti-Habsburgo en los Países Bajos, como también a las facciones anticatólicas en las guerras civiles francesas (Phillips y Phillips 198). Sin embargo, Felipe todavía continuó tratando de evitar enemistarse con la reina inglesa (Williams 156).

Después de 1568, la piratería entre las fuerzas europeas se convirtió en la norma. Desde 1572, Isabel apoyó abiertamente a los corsarios ingleses en el saqueo de barcos y puertos españoles, aunque España e Inglaterra no estaban oficialmente en guerra. Esto

⁹ Inglaterra había reafirmado su poder en la Mancha y que España había hecho exactamente lo mismo en el Caribe: la Mancha de Inglaterra, el Caribe de España

culminó cuando Drake regresó de su navegación alrededor del mundo (1577-1580) con una fortuna del saqueo español y fue nombrado caballero por sus esfuerzos (Konstam 10). Esto fue un insulto especial para el rey español porque Drake hizo despojar a la Iglesia de Valparaíso de su plata y se llevó el mayor premio de su carrera, el gran galeón Nuestra Señora de la Concepción, lleno de plata y oro, mucho de lo cual pertenecía a la corona española (Williams 162).

El rey Felipe, por su parte, ayudó a los católicos en Inglaterra e Irlanda tanto como se atrevió. En 1580, apoyó un levantamiento católico irlandés contra el dominio inglés que transportaba voluntarios papales a Irlanda para ayudar a la rebelión, en los barcos españoles (Konstam 10). Esto fue un acto de guerra indudable por parte del Papa, pero ni Felipe estaba tan alejado de ello. La rebelión pronto fue superada, pero desde entonces Isabel trató de frustrar los objetivos españoles de todas las formas posibles sin declarar abiertamente la guerra (Williams 176).

Como represalia por los ataques piratas constantes de Sir Francis Drake contra los barcos y puertos bajo la autoridad española, en 1585 Felipe ordenó captar todos los buques ingleses que estuvieron en los puertos españoles en aquel momento. Este acto permitió a Isabel iniciar una guerra abierta contra España. Su primer acto de guerra fue proporcionar a Drake buques de guerra para atacar puertos en las Indias Occidentales y España (Kamen 2005 140). Estos ataques fueron posibles porque no existía un poder naval que defendiera el Nuevo Mundo de las amenazas extranjeras. No había vigilancias navales y los puertos no estuvieron fortificados (Kamen 2005 170). Isabel encargó a Drake, como su primer orden real, que negociara el regreso de los captados barcos ingleses, pero en realidad le envió a hacer tanto daño cuanto pudiera en Galicia, Portugal y el Nuevo Mundo (Williams 185-186). En 1586, Sir Francis Drake saqueó Santo Domingo y Cartagena de Indias con 22 barcos en una operación militar a gran escala (Thomas 212).

La segunda acción que Isabel mandó realizar fue enviar tropas para ayudar a los holandeses (Kamen 2005 139-140). En agosto de 1585, después de la toma de Amberes por el duque de Parma, Isabel firmó una alianza con los holandeses, prometiéndoles ayuda militar y económica. Este tratado de Nonsuch marcó el comienzo de hostilidades desenfundadas y el inicio de la guerra abierta entre los dos imperios (Konstam 10-11). Por la colaboración de la corona inglesa con los rebeldes holandeses, entre otras razones, Felipe se encontró ayudando a María Estuardo quien fue encarcelada en Inglaterra durante diecinueve años (Kamen 2005 139-140).

Se compuso el llamado complot de Babington, un intento de asesinar a Isabel y poner a María en el trono. Desafortunadamente para sus enemigos, Isabel se dio cuenta de la conspiración. Identificó España, el papado, la reina de Escocia y sus propios súbditos católicos como enemigos que solo esperaban el momento adecuado para derrocarla, por lo que ejecutó a María Estuardo en 1587 (Williams 181). Esta fue la gota que colmó el vaso y le proporcionó a Felipe la razón final para juntar la Armada Invencible e invadir Inglaterra (Konstam 11).

10. Los preparativos para la Empresa de Inglaterra en la historia y en la novela analizada

Como ya hemos dicho, el reinado de Felipe II fue lleno de intensa actividad y la guerra constante. Puede parecer extraño entonces que el rey español montara una empresa tan costosa y compleja contra Inglaterra. Sin embargo, no hay que olvidar que en 1585 cuando se empezó a concebir el plan del ataque contra Inglaterra, Felipe tenía todos sus otros conflictos bajo control. Como lo explica Vicens Vives, en aquel momento “el dinamismo y la fe del pueblo castellano permitieron a la Monarquía vivir horas de euforia universal” (81), dado que todos sus enemigos fueron contenidos: los turcos se retiraron de la conquista del Mediterráneo después de la batalla de Lepanto en 1571, el duque de Parma capturó la mayoría de las ciudades importantes en Flandes y contuvo la rebelión, Portugal fue incluido bajo la Corona de Felipe en 1580 y Francia fue enredada en las guerras religiosas. Solo la reina inglesa perturbó los éxitos de Felipe (Vicens Vives 81-82). Felipe tuvo que encontrar soluciones para ese último obstáculo.

Antes de elaborar la estrategia española de la invasión de Inglaterra, es importante explicar el estado del ejército y fuerza naval españoles en aquel momento y unas décadas antes. Por la separación de los territorios de los Habsburgo de España y los de Austria, Felipe II heredó un imperio sin los medios para defenderlo. En la segunda mitad del siglo XVI, España no tenía ni suficientes medios, ni industria, ni tecnología, ni expertos para armar un ejército. Todo lo obtenía de las fuerzas extranjeras (Kamen 2002 168). Hasta 1700, el ejército y la armada de España no estaban determinados por el estado. En cambio, el rey dependía principalmente de contratistas privados para abastecer tanto a soldados como a barcos. Esto se debió a la estructura de la monarquía – Felipe era el monarca de diferentes reinos y principados, que tenían sus propias fronteras, leyes y estructuras gubernamentales (Kamen 2002 157). Aparte de Castilla, el rey no tenía autoridad para levantar tropas de otros territorios

como Cataluña, Valencia o Aragón sin el permiso expreso de las autoridades allí (Kamen 2002 164).

Antes del siglo XVI, España realmente no tenía un ejército y una armada propios para defender todos sus territorios, pero durante el reino de Carlos I y Felipe II se comenzó a pagar hombres para ingresar en el ejército y empezó la construcción de buques de guerra y galeones nuevos. Felipe instigó la restauración del poder naval en el Mediterráneo desde 1560, lo que fue uno de los grandes factores de la victoria en la batalla de Lepanto (Kamen 2005 172-173). Entre 1560 y 1574 se construyeron unas trescientas galeras, principalmente en los estados italianos de la Corona de Aragón (Kamen 2002 172). Luego, después de la adquisición de Portugal en 1580, el rey español procedió a hacer lo mismo en el Atlántico. Para tener una mejor idea de los números, en las últimas dos décadas del siglo XVI, el promedio anual de hombres en las fuerzas navales y terrestres al servicio de la corona de Castilla aumentó de 20,000 a 50,000 – una quinta parte de estos hombres eran españoles y el resto eran alemanes, italianos, belgas y otros (Kamen 2005 172-173).

La diversidad del ejército imperial español se incluye como un detalle del contexto de la época en la novela. En un instante el narrador ridiculiza a un funcionario gubernamental “que solo hablaba castellano, por lo que le molestaba oír hablar en lenguas que no entendía” (201). En esta época era común oír varios lenguajes en el ejército español, lo que se ejemplifica en el texto: “El ejército imperial estaba compuesto por valones, alemanes, italianos y españoles, e incluso había algunos católicos escoceses, ingleses e irlandeses” (201). En la novela, el rey incluso manda a un tercio compuesto por españoles e irlandeses enlistados en el ejército imperial que acompañen la cofradía a Irlanda.

Con la anexión de Portugal, Felipe obtuvo una flota bien equipada para aumentar el poder marítimo español existente (Hutchinson 50). Portugal se vio obligado a apoyar a Felipe en sus encomiendas – se usaron los puertos, recursos locales y experiencia naval portugueses. Portugal suministró una quinta parte de los barcos que navegaban en la Armada y muchos marineros y soldados (Drelichman y Voth 70). A los portugueses no les entusiasmó verse arrastrados al gran conflicto anglo-español, lo que Emilio Lara visualiza a través de las expresiones en las caras de la gente portuguesa cuando la Armada se prepara para zarpar: “Las caras mostraban enojo, indiferencia, curiosidad o emoción, la escala de sentimientos en que se movían los portugueses desde su forzada anexión a la Corona española en 1580” (113). Además, después de la anexión, los comerciantes y puertos portugueses empezaron a ser metas para los ataques de los piratas ingleses, lo que duró hasta el final de la guerra entre Inglaterra y España (Drelichman y Voth 70).

Precisamente por estos piratas, en 1576 Felipe estableció una flota para proteger sus barcos que transportaban la plata en las zonas marítimas de las Indias, que nombró la Armada de la Guarda de la Carrera de las Indias. Tan pronto como se completó la conquista de Portugal, comenzó a pensar cómo proteger toda la ruta y las Azores. Los consejeros le recomendaron a Felipe fortalecer la Armada de la Guarda para que acompañara y protegiera las flotas que transportaban plata desde las Azores a Cádiz. Felipe aceptó y autorizó un nuevo programa de construcción de galeones. Nueve nuevos galeones se construyeron en Santander en los años 1582–4. Con sus nuevos galeones agregados a sus barcos portugueses, Felipe ahora tenía el comienzo de una armada real efectiva para el Atlántico y para la protección de las flotas en el tramo final de su viaje a la península ibérica (Williams 174).

El marqués de Santa Cruz Álvaro de Bazán, quien se distinguió en la batalla de Lepanto, la campaña de Portugal y los ataques a las Azores por los ingleses, fue nombrado Capitán general del Mar Océano por el rey y se convirtió oficialmente en responsable de la flota atlántica, así como de la defensa de la costa atlántica de España y Portugal. Ya en agosto de 1583, Santa Cruz propuso que se enviara una armada contra Isabel de Inglaterra, pero no se realizó una planificación detallada (Williams 175).

Pero, en 1585, tras el tratado de Nonsuch y el ataque de Drake, Felipe decidió que debía poner fin al apoyo inglés en los Países Bajos y los ataques constantes de los piratas. El rey español estaba listo para empezar a planear la Empresa de Inglaterra. Les pidió a sus dos mejores comandantes, el duque de Parma y el marqués de Santa Cruz, que encontraran soluciones para resolver la situación. Los dos comandantes produjeron dos planes completamente diferentes (Konstam 23).

Bazán perfeccionó su plan para la invasión naval. Visualizó alrededor de 150 buques largos que transportarían un enorme ejército y la artillería necesaria para la invasión (Konstam 23). Su plan era mucho más amplio de lo que se realizó al final y no necesariamente incluía el desembarque en Inglaterra, sino en Irlanda o Gales. Felipe permitió en abril de 1586 que comenzaran los preparativos para juntar la flota, aunque se dio cuenta de que no se podrían construir suficientes barcos para satisfacer el plan del marqués (Williams 191-192). Además, el rey informó a Santa Cruz que iba a estar a cargo de la flota, que estaría estacionada en Lisboa y que tenía que prepararla para navegar tan pronto como fuera posible (Williams 187-188).

Parma propuso un plan diferente que incluía transportar a su ejército de 30 000 hombres a través de La Mancha a Inglaterra y marchar sobre Londres. Para que su plan funcionara, Parma necesitaba discreción y velocidad. Si los ingleses fueran desprevenidos, la

invasión podría ser un éxito (Konstam 23-24). Desafortunadamente, el rey decidió combinar los dos planes sin preocuparse por mantenerlo en secreto. El rey decidió hacer un cambio considerable: la Armada primero había que recoger el ejército de Alejandro Farnesio en Flandes y transportarlo hacia Inglaterra (Pérez 208). Como se trataba de un compromiso, el plan tenía debilidades. Dependía de los éxitos en todas sus fases y ponía una importancia inalcanzable en la comunicación entre las fuerzas de Parma y Santa Cruz. Tampoco se había previsto el impacto del clima y mal tiempo o falta de sorpresa (Hutchinson 55).

Entonces, el objetivo primordial de la Armada se convirtió en simplemente transportar a las tropas de Parma a través de la Mancha en lugar de desembarcar los soldados propios y enfrentarse a la flota inglesa. Lara lo incluye en la novela cuando Medina Sidonia habla con el gobernador de la cofradía, explicando: “Como sabrán, el principal objetivo de la Gran Armada es contactar con los tercios de Flandes de don Alejandro Farnesio, en Dunquerque” (101).

Fue un cambio que ninguno de sus comandantes había previsto. Además, este nuevo plan no proporcionó la solución a un problema importante: cómo el ejército de Parma abordaría los barcos de la Armada sin un puerto de gran calado, ya que las aguas frente a los Países Bajos eran muy poco profundas (Williams 194-195). Según Williams, Felipe “failed to concern himself with strategy and, consulting with an ever-narrowing band of senior advisers, he did not open his plan up to impartial criticism and review such as might have improved it¹⁰” (192). En lugar de elegir una idea u otra, las dos se combinaron en una estrategia con graves dificultades.

En la novela, el duque de Parma analiza el plan del rey español en el capítulo sobre la situación en Flandes. En una carta, Felipe le avisa que su ejército necesita estar listo y preparado para embarcar los barcos de la Armada. Parma medita que “en cualquier momento llegaría la Armada y habría que iniciar la compleja operación de embarcar a soldados y pertrechos en las lanchas y pequeñas naves, remontar los canales, salir al mar y contactar con los barcos de Medina Sidonia” (202).

Otro problema de la jornada fueron los constantes retrasos. El rey español y sus consejeros no estaban seguros de la cantidad de los buques que eran suficientes, por lo que se añadían y reparaban barcos constantemente. A esto se sumaba una amenaza constante de agresiones de los piratas ingleses que con frecuencia debían ser detenidos por los mismos barcos que fueron reunidos en Lisboa. Muy a menudo, los barcos resultaron dañados por

¹⁰ No se preocupó por la estrategia y, consultando con un grupo cada vez más reducido de aconsejeros, no abrió su plan a críticas imparciales y revisiones que podrían haberlo mejorado

ataques y tormentas. Mientras tanto, Santa Cruz intentaba mantener todos los barcos en buenas condiciones para navegar durante los retrasos. En Flandes, Farnesio también tenía problemas con mantener a su ejército de invasión listo y alimentado. A esto se agregaron las enfermedades que les plagaban a las tropas y falta de la paga (Drelichman y Voth 64).

Las enfermedades de los soldados eran un problema tanto para el duque de Parma como para Medina Sidonia. La novela da ejemplos de las dos situaciones. En cuanto a la Armada, se menciona antes de la salida de La Coruña que “el mal tiempo y las enfermedades habían mellado el espíritu y la carne de tantos” (179). Por esta razón, Medina Sidonia no permitió que los soldados y marineros abandonaran los barcos durante su larga demora en el puerto coruñés – tenía miedo de que muchos desertarían. La situación en Flandes es un poco diferente pero también dura. En la novela, Farnesio visita a los enfermos y habla con los médicos. Les dice que “este mal francés causa más bajas que cualquier otra enfermedad. No podemos permitirnos tener tantos hombres rebajados de servicio” (208). El duque de Parma revela que el número de soldados enfermos es demasiado alto y que embarcarán incluso los enfermos cuando llegue la Armada porque necesitan todos para la invasión. Aunque las enfermedades eran comunes en esas condiciones, el ejército en los Países Bajos luchó contra la sífilis o “mal francés”, mientras que toda la comida podrida y el agua estancada causaron muchos problemas a bordo de los buques de la Armada (Hutchinson 114-116). El problema era mucho más impactante de lo que se presenta en la novela.

Una de las principales condiciones del plan de Parma, que la jornada se mantuviera en secreto, se olvidó instantáneamente. Los rumores llegaron a la corte inglesa de todas partes, informando (y exagerando) sobre el número de barcos y tropas, presuntos planes de invasión e incluso falsas alarmas de tropas españolas y barcos que desembarcaban en Gales o avistamientos de flotas cerca de las islas británicas. Todo esto provocó que los ingleses prepararan apresuradamente provisiones para la guerra, como el inventario de todos los barcos civiles disponibles y las listas con capitanes y marineros capaces (Hutchinson 61-62). Por todas las informaciones recibidas, en 1587 Isabel envió a Drake a interrumpir los planes de invasión de Felipe por todos los medios que pudiera. Drake se dirigió a Cádiz donde destruyó alrededor de veinte barcos grandes. El duque de Medina Sidonia lideró el contraataque al día siguiente e impidió el aterrizaje de los ingleses (Williams 193).

Esta es una de las primeras escenas históricas de importancia que el lector puede ver contada en detalle en el libro. Aunque el acontecimiento pasara antes del comienzo del libro, Medina Sidonia recuerda claramente el asalto:

A finales de abril de 1587 una flota comandada por Francis Drake, con las banderas arriadas para no levantar sospechas, irrumpió de improviso en la rada de Cádiz, destruyó varios barcos españoles, capturó numerosos mercantes con la carga intacta, y bombardeó las defensas del puerto, sembrando el desconcierto entre los habitantes de la ciudad. Los ingleses saquearon lo que pudieron durante tres días, mientras los sorprendidos defensores de los fuertes y los marinos hispanos se recuperaban para enfrentarse al corsario. Medina Sidonia, al frente de varios miles de hombres, marchó contra reloj hacia la capital gaditana, y su entrada en la ciudad ahuyentó a los ingleses, lo que evitó que el desastre fuera de mayores proporciones (287).

Lara pinta la escena y relata eventos del ataque a Cádiz. Los ingleses sorprendieron a los españoles, que no esperaban una agresión al sur de la península. Después de tres días de confusión y asaltos, llegó Medina Sidonia y expulsó a Drake. En este tipo de escenas históricas es donde se muestra el valor educativo de las novelas históricas. El escritor presenta a los datos de una manera a la vez didáctica, pero también relevante para la trama. La mención del saqueo está dirigida a Medina Sidonia para que recuerde su victoria contra Drake y para que estimule su deseo de superarlo de nuevo en el presente de la historia.

Después de un ataque tan cerca y la provocación de Drake, nada pudo detener al rey español. Insistió en que la Armada debía zarpar ese año, lo cual fue imposible lograr. Más retrasos ocurrieron cuando Santa Cruz murió a principios de 1588. Felipe ya no podía permitirse demoras, toda Europa conocía sus planes y ahora también fue motivado por orgullo – la operación continuaría ese año sin importar el costo o el peligro. El rey nombró al duque de Medina Sidonia como sucesor de Santa Cruz. Aunque sus contemporáneos y generaciones posteriores de historiadores lo presentaron como un aristócrata incompetente que perdió la Armada, Medina Sidonia fue un excelente organizador y administrador militar (Drelichman y Voth 65). El duque era reacio a tomar el papel del capitán de la Armada, pero tenía una amplia experiencia en asuntos navales y, sobre todo, en el aprovisionamiento de flotas (Williams 196). Por la presión del rey, logró preparar la flota en solo algunos meses.

Y aquí es donde se encuentra el lector al comienzo de la novela. Se habían hecho los preparativos, se habían reunido los barcos, lo único que esperaba la Armada eran unos detalles finales, una orden del rey y finalmente, que llegara la cofradía. Una vez más, Lara aprovecha muchas oportunidades a lo largo del texto para presentar algunos eventos y razones detrás de la invasión de Inglaterra.

Ya al inicio del libro, el autor explica la importancia que la invasión de la Armada alcanzó en la mente de sus creadores, cuando el rey explica la encomienda a los cofrades: “Les espera a vuestas [sic] mercedes un reto de envergadura. Vuestra aportación será esencial para el catolicismo y para España” (14). En este momento, así como en otros casos en el libro, se enfatiza la razón religiosa detrás de la jornada. En un ejemplo el narrador revela que “la

Jornada de Inglaterra tenía rango de cruzada” (147), es decir, una campaña militar por razones religiosas que en aquel momento significaba la guerra de católicos contra protestantes. Como se ha explicado antes, Felipe planeó la invasión por razones militares y estratégicas y no religiosas e incluso recibió aprobación de la élite militar y gubernamental española (Williams 197). Esto no significa que el motivo religioso no fue importante para el rey, sino que este no fue su objetivo principal. No obstante, desde el punto de vista del Papa, esta encomienda fue una cruzada a la que estaba dispuesto a financiar, ya que prometió al rey español que le pagaría un millón de ducados de oro si las fuerzas españolas desembarcan en Inglaterra (Hutchinson 60), lo que también se menciona en la novela (Lara 280). Esta devoción del Papa, junto con la parte ficticia de la trama que gira en torno a los católicos en Irlanda y la recristianización de Inglaterra, podría ser la razón por la que Lara pone más énfasis en las aspiraciones religiosas de la misión española.

Otro motivo del rey español que incluye el autor es el hecho de que “se sabía en toda Europa que la invasión de Inglaterra era inminente” (193). Una operación de tan gran escala no podía quedar un secreto. Aun así, en la novela cuando la cofradía ya ha llegado a Irlanda, el arzobispo irlandés les explica los detalles conocidos sobre la Armada y el interés intenso de otras naciones europeas: “La proximidad de la Gran Jornada no es un secreto en Europa. Hemos sabido que los franceses han levantado tribunas en Calais y Gravelinas para ver el paso de la Felicísima Armada mientras comen y beben” (269). El rey español mismo habla de promulgar toda la información sobre la Armada “con la finalidad de que la potencia naval hispana intimidara a los protestantes y alegrase a los católicos” (193).

La realidad de la situación no fue tan diferente. Los ingleses recibieron las informaciones sobre el esfuerzo español de juntar sus barcos en Lisboa ya en 1585, aunque en aquel momento las ignoraron porque estuvieron preocupados por problemas domésticos de su país (Hutchinson 53). Sin embargo, a medida que pasaban los dos años de preparativos, Isabel pudo reconstruir en detalle las capacidades militares españoles y afirmar sus intenciones hostiles gracias a sus espías y comerciantes. Lo único que no se sabía fue dónde aterrizarían los españoles (Hutchinson 79).

Esto también se refleja en la novela. En un capítulo el lector sigue a la reina Isabel cuando recibe “un exhaustivo informe acerca del número y tipo de barcos, cañones y soldados embarcados, y también le habían suministrado abundantes datos sobre los temidos tercios de Alejandro Farnesio, que esperaban acantonados en Dunquerque la llegada de la Gran Armada” (172). El duque de Parma supuestamente estaba consternado de que los detalles de la invasión se habían convertido en conocimiento público en muchos países europeos e

incluso entre sus propios soldados (Hutchinson 95). Este hecho no se refleja en la novela. Alejandro Farnesio se siente confiado en la victoria incluso con todos los cambios realizados en su plan: cree que después de enlazarse con la Armada, “tras las ocho o diez horas que tardasen en atravesar el canal de la Mancha, la gloria estaría servida” (202). Para Felipe no importaba si Parma dudaba o tenía confianza, el rey insistió en que la Armada debería partir lo antes posible – el momento de zarpar finalmente llegó en la primavera de 1588.

11. La navegación de la Armada en la historia y en la novela

Hasta finales de mayo de 1588, en Lisboa se reunió una flota de ciento treinta navíos, de los que treinta y cinco eran grandes buques de guerra, sesenta y ocho eran mercantes armados o cargueros y dos se habían convertido en barcos hospitales (Hutchinson 106). Como se puede ver, la Armada no era una fuerza uniforme de grandes galeones y buques de guerra bien armados, sino que se reunió apresuradamente, una mezcla de galeones, navíos transatlánticos y barcos mercantes mediterráneos (Konstam 19). Felipe también reclutó a casi treinta mil soldados y marineros, sobre todo mercenarios alemanes, pero también españoles italianos, belgas e irlandeses, lo que supuso un gasto enorme y una coordinación burocrática. Los comandantes de los escuadrones tenían una gran experiencia militar y naval (Williams 200). Era imposible mantener en secreto las preparaciones por una empresa tan grande, y cuando la armada salió de Lisboa, los ingleses estaban en alerta con una flota comparable, que tenía la ventaja de defender sus propios puertos de los cuales podría ser reaprovisionada (Phillips y Phillips 198-199).

La vista de la Armada el día que zarpó debe haber sido un espectáculo impresionante. Por esta grandiosidad de la fuerza naval española, las escenas de Lisboa son las más destacadas de la novela entera. El autor dedica páginas y páginas a las descripciones de la ciudad, el bullicio, la gente, los trabajadores y, finalmente, la Armada anclada. Tan pronto como los cofrades llegan a Lisboa, lo primero que hacen es ir a ver la Gran Armada, sobre la que han oído tanto: “No estaban preparados para presenciar lo que vieron. Cuando llegaron a los muelles, se quedaron maravillados ante la ingente cantidad de navíos y arboladuras que parecía perderse en el infinito. Fue una visión impresionante” (95). La vista les deja boquiabiertos, ya que nunca han tenido la oportunidad de ver una cantidad tan enorme de barcos y gente en un sitio.

A continuación se describe el puerto, los barcos y la actividad alrededor de ellos. Estos son los últimos días para hacer preparativos antes de zarpar y el puerto está animado y lleno de trabajadores:

La flota estaba anclada sobre las grises aguas del Tajo. Decenas de bajeles de todos los tamaños flotaban en la superficie del río, tan ancho, que no se divisaba la otra orilla, distante a varias leguas. Un enjambre de chalupas, balandras y barquichuelos de pescadores rodeaba los galeones y galeazas, izando la marinería hasta las naves de gran calado los bastimentos. Sostenidos sobre guindolas y otros andamios, los marinos rascaban y pintaban los mástiles. En los castillos de popa de los grandes barcos abarloados había pintadas diversas advocaciones religiosas [...] Los pintores, amarrados a la cintura por cuerdas o sentados sobre andamios encajados en la popa, retocaban al óleo las grandes figuras de la Inmaculada o de Jesucristo (96).

Los buques se encuentran en el estuario del río Tajo. Los marinos los cargan con provisiones y artillería y, al mismo tiempo, los pintores y otros trabajadores los reparan, modifican y preparan para la travesía. De nuevo se enfatiza la importancia de la religión (o más específicamente catolicismo) en esta jornada. Las ilustraciones de Cristo y la Virgen pintadas en los castillos de popa eran indicio obvio del catolicismo, porque el protestantismo rechazaba la veneración de los símbolos e imágenes religiosas.

En esta escena, el autor enfatiza la importancia que los marineros y soldados españoles les atribuían a los símbolos religiosos en la protección y el éxito de la invasión. El mismo espíritu se puede ver en las descripciones de la procesión de la cofradía al principio del libro (Lara 11-13), como también en los ritos religiosos un día antes de zarpar a los que presencia toda la Armada (Lara 132-142). En realidad, muchos rezaron por el éxito de la jornada de Inglaterra, e incluso se organizaron procesiones y otros ritos religiosos, tanto en las ciudades y pueblos españoles, como en el Escorial en la presencia de la familia real (Hutchinson 108-109).

Aunque la escena citada es la primera en la que se describe la Armada al lector, no es la más majestuosa. En los capítulos siguientes, hay muchas descripciones más, tanto del ajetreado puerto, trabajadores y marineros, como de los barcos importantes específicos que formaban parte de la Armada. Por ejemplo, se dan detalles del *San Martín*, “buque insignia de la escuadra de Portugal, lo era también de toda la Armada” (99), o del *San Juan*, la nave almiranta, entre otros. No obstante, la exposición más llamativa de la totalidad de la Armada es la del día de la partida al atardecer, ya en marcha:

A las pocas horas de zarpar, cofrades y soldados, apretados en cubierta, contemplaban el magnífico espectáculo de la Armada navegando con las banderas ondeando. Galeones, urcas hanseáticas, carracas, galeras, galeazas, naos, zabras, pinazas y pataches surcaban el estuario del Tajo, el Mar da Palha. En la encalmada del crepúsculo, los fanales encendidos de popa parecían en la distancia un enjambre de luciérnagas náuticas, unos destellos amarillentos entre la bruma. [...]

Ciento treinta embarcaciones que desplazaban un total de cincuenta y ocho mil toneladas, ocho mil marineros, dos mil remeros y veinte mil soldados, componían la Gran Armada. Nunca habían visto los tiempos una flota semejante. Jamás se había diseñado una operación anfibia de tal envergadura (148-149).

Con estos dos párrafos, se indican las importantes características de la Armada, es decir, que, aunque fue la mayor fuerza naval jamás reunida hasta entonces, no se trataba de un conjunto de barcos homogéneo (Konstam 19). Ese gran evento, que fue acompañado por varios espectáculos para entretener al público que lo llegó a presenciar, mostró el poder de la España del siglo XVI, lo que el escritor logró expresar a través de todas las descripciones mencionadas.

Desafortunadamente, por grandioso que pareciera, este no fue realmente el gran comienzo de la invasión. Aunque la flota zarpó de Lisboa el 28 de mayo, de hecho partió hacia Inglaterra solo 2 meses después. A causa de las preparaciones tan duraderas, una parte de la comida y bebida se pudrió dentro de unos pocos días en el mar. Además de esto, el progreso de la Armada se vio afectado por el tiempo duro (lo que iba a seguir arruinando todos los planes de la Armada hasta el final), debido a que la flota tardó dos semanas en solo navegar la costa ibérica (Konstam 28-29). Medina Sidonia dirigió la flota hacia el puerto de La Coruña para recoger más alimentos, pero estalló una tormenta violenta que dispersó muchos navíos e incluso causó daños. Después de que repararon los barcos averiados y esperaron a que mejorara el tiempo, la Armada zarpó de nuevo el 21 de julio y en nueve días llegó al Canal de la Mancha (Williams 201-202).

Este período de dos meses no es representado en el texto de una manera extensa. Se mencionan las dificultades con el mal tiempo al principio de su viaje: “Los vientos, el mar encrespado y las nubes bajas y grises presagiaban temporal. La formación de la Armada se había desechado” (167). En cuanto a los eventos posteriores, lo curioso es que el lector no presencia las tormentas sufridas ni las reparaciones sino que se da cuenta de lo que ha pasado de segunda mano cuando otros personajes descubren los eventos ocurridos, un procedimiento que se va a repetir a lo largo de la novela. En este caso, los acontecimientos son contados por un consejero de la reina inglesa cuando le trae un informe: “La tormenta frente al litoral gallego dispersó sus barcos, derribó mástiles, rajó velas y originó numerosas vías de agua en las naves. El estropicio ha sido notable” (172). La conclusión del informe que no le alegra a la reina es que “su flota sigue intacta” (172). Solo después de esta exposición se cuentan los acontecimientos del punto de vista más cercano a la Armada, por Fabián quien escribe la crónica del viaje.

Cuando la Armada llega al puerto de La Coruña, se presenta de una manera opuesta a su maravillosa salida de Lisboa. Fabián recuerda, porque en aquel momento en la historia la cofradía ya acaba de partir hacia Irlanda, que “cuando la Armada recuperó la formación y fondeó en la bahía coruñesa, el espectáculo era tan desolador que corrió la herética voz de que Dios se había hecho protestante, porque tanta mala fortuna no era normal” (179). Fabián piensa en los hombres enfermos y la comida podrida, que ahora todos creen que son señales malas. Y esto no es todo – en el capítulo siguiente, los secretarios del rey Felipe “hablan sobre los rumores, las habladurías, las funestas profecías y malos augurios que llegaban cada semana desde diferentes rincones del país” (196). La situación en Flandes tampoco es ideal, porque incluso allí muchos hombres están enfermos. Las malas señales comienzan a acumularse y con todo esto el escritor ya anuncia la derrota, la que el lector ya conoce y espera al final.

Aunque parezca que estas malas señales se utilizan solo como una técnica para predecir la ruina de la Armada, se basan en datos históricos reales. Según Hutchinson, los ingleses usaban el arte de la propaganda negra y la guerra psicológica en la que una de las estrategias era pronosticar un gran desastre para la Armada por las tormentas constantes del verano de 1588, lo que afectó el alistamiento de soldados españoles en el ejército y la marina (Hutchinson 77-78).

La segunda vez que la Armada zarpa, esta vez de La Coruña, el lector no recibe ninguna descripción o punto de vista para presenciarlo, lo cual es muy diferente de las descripciones detalladas de la primera salida. Aquí se introduce otro método peculiar de mantener al lector al corriente de los eventos. Como la cofradía y sus compañeros se separaron de la Armada, le dieron a su comandante, el alférez Omagh, los planes de la navegación de la flota española, pero por algunas u otras dificultades, el programa no se realiza como se suponía. De esta manera, las conversaciones entre Omagh y los cofrades revelan los datos falsos de la navegación. Por ejemplo, cuando ellos piensan que “hoy zarpará la Gran Armada de La Coruña” (220), la flota ya lleva dos días navegando. O cuando se jactan de que la abrumadora fuerza de la Armada le permitiría dictar los acontecimientos, como lo presupuso el plan de Felipe (Williams 198), no consideran que los ingleses sabían sus limitaciones, por lo que nada se desarrolla como lo han planeado. Además, hablan del “inminente desembarco en Inglaterra de los tercios de Flandes embarcados en la Felicísima Armada” (239), cuando el lector sabe que esto nunca llegó a ser.

Este método se repite en todos los capítulos de la cofradía hasta el 29 de julio, el día de la primera vista de la costa británica frente a la península de Lizard, cuando el lector por

fin puede ver los acontecimientos del punto de vista de Medina Sidonia. En la historia, este es el día del último consejo de guerra entre el duque y otros comandantes antes de que comenzaran los enfrentamientos entre la Armada española y la flota inglesa. Las órdenes del rey fueron evitar una batalla naval de todas maneras hasta que las tropas de Parma ya hubieran desembarcado en Kent. Medina Sidonia incluso recibió las instrucciones secretas en el caso de que fracasaran, que conllevaban la captura de la isla de Wight para tener un puerto seguro donde Armada podía refugiarse (Williams 198). En el consejo de guerra, dos comandantes, Recalde y de Lieva, propusieron que la Gran Armada atacara a la flota inglesa anclada en Plymouth para contenerla allí y destrozarla, pero Medina Sidonia decidió no desviar del plan ordenado por el rey (Konstam 29-30).

Lara presenta este episodio a través de una discusión entre dos capitanes experimentados y un comandante celoso. Recalde y de Lieva, con los que supuestamente la mayoría de los comandantes está de acuerdo, quieren atacar a los ingleses, mientras que Diego Flores, un capitán en quien se apoya Medina Sidonia “para tomar cualquiera decisión naval” (287), quiere seguir las ordenes de Su Majestad y grita “con la envidia” que le “parece un plan descabellado” (287). Incluso se representa a Medina Sidonia como un hombre “que carecía de cualquier conocimiento náutico” (283) y que se siente mareado porque no se acostumbra a navegar. El duque está indeciso por su ignorancia pero al final opta por seguir el mandato del rey.

David Howarth sostiene que después de que la jornada terminó en desastre, la opinión pública española tuvo que culpar a alguien y el infractor más obvio era el duque. Por eso el público se fijó en la historia de que todos los expertos querían atacar Plymouth, mientras que el duque se negó por su cobardía y de esta manera la Armada perdió su oportunidad de triunfar contra Inglaterra. Pero, el duque no era ingenuo, ni tampoco lo era la docena de miembros de su consejo. Dos informes de los hombres que estuvieron presentes en el consejo confirman que de Lieva sugirió el ataque, con lo que algunos estuvieron de acuerdo, pero por las órdenes del rey y porque el canal era estrecho y estaba bien defendido, la decisión de no intentarlo fue unánime. La victoria en Plymouth no estuvo asegurada – los ingleses podrían haberse retirado del puerto, y nadie sabía si había otras flotas patrullando La Mancha (Howarth 116-117). Además, Medina Sidonia fue un comandante prudente, y no el bufón incompetente y mareado como lo describían muchos críticos. Sus acciones estaban alineadas con los objetivos de la Armada. El fracaso de la operación no fue el resultado de la incompetencia, sino de las dificultades logísticas de la estrategia, como también de una serie de eventos inesperados y desafortunados (Drelichman y Voth 65).

En este ejemplo, el escritor ha basado el episodio en la opinión pública de los eventos y no en los documentos históricos, lo que repite cuando la reina Isabel refleja sobre los acontecimientos de ese día: “por momento se temió que la Gran Armada atacase a la flota inglesa, fondeada en su puerto. Sus atónitos almirantes y capitanes no sabían por qué misteriosa razón Medina Sidonia no se había dirigido directo a Plymouth, pero aquella dramática decisión [...] había salvado a Inglaterra” (376). Como hemos visto, esta resolución española no fue ni misteriosa ni dramática, sino que se basaba en los planes predeterminados y la realidad de la situación en aquel momento.

El día siguiente, la Armada continuó navegando acercándose a Plymouth donde los ingleses estaban anclados. En la novela, el lector obtiene el relato del primer avistamiento de la Armada desde el punto de vista de los ingleses. Uno de los capitanes aparece para informar los comandantes ingleses que los españoles han llegado y que “navegan en formación. Se trata de una Armada formidable. ¡La más grande jamás vista! ¡Nos superan en número con creces!” (298). Drake, quien juega una partida de bolos, le responde tranquilamente que “tenemos tiempo de acabar la partida. Luego venceremos a los españoles” (298). Este episodio es uno de los cuentos más conocidos de la historia popular de Inglaterra. De hecho, el primer informe de este acontecimiento se registró cuarenta años después y las palabras de Drake solo en el siglo XVIII, por lo que se pone en duda su autenticidad (Barratt 46-47).

Sin importar la veracidad del episodio, Lara muestra en este capítulo que los ingleses no están tan preocupados como deberían estar – aunque muchos historiadores militares han confirmado que los objetivos de la Armada no eran tan inimaginables y que existía una alta probabilidad de conseguirlos (Drelichman y Voth 72). Sin embargo, se ridiculiza la confianza exagerada y arrogancia de los españoles a lo largo del libro. Muchas veces los personajes dicen que “la invasión y conquista de Inglaterra será cosa de pocos días” (101) y que “la reina y su Corte protestante caerán como fruta madura” (103). Incluso en toda Europa “los países daban la guerra ganada para España” (194). Con todos estos ejemplos, el autor enfatiza la confianza española en la victoria, que le puede parecer paradójico al lector, porque sabe cómo acabó la invasión.

El primer contacto entre las dos flotas ocurrió el 31 de julio. La Armada navegó en la formación de media luna por la Mancha. Los ingleses zarparon de Plymouth, pasaron la Armada y ganaron el barlovento, una posición tácticamente ventajosa de la que podían dirigir los ataques (Konstam 31). Una ventaja de los barcos ingleses era su construcción innovadora que les hizo más rápidos y más fáciles de controlar. También les permitió llevar un

armamento más pesado para atacar al enemigo. Estos serían factores decisivos en las batallas posteriores (Hutchinson 91).

El último capítulo desde el punto de vista de Medina Sidonia tiene lugar antes de la primera batalla en La Mancha. Se expone la táctica española en la que rodearían la flota inglesa, pero incluso se comentan las ventajas de sus barcos:

La flota inglesa, con sus modernas naves y sin buques de carga que demorasen la marcha, era mucho más veloz que la española. Además, sus nuevos galeones de líneas estilizadas y proa baja iban menos cargados al no transportar infantería ni material pesado, lo que los hacía muy maniobreros, y su innovador diseño les permitía incorporar artillería pesada de largo alcance (309-310).

Por todas estas razones, los navíos ingleses se están acercando a los españoles. El duque da la orden de que “carguen los cañones y se preparen los soldados” (310) con lo que empieza una serie de preparaciones extensas para la batalla. Medina Sidonia está nervioso y no quiere arengar a los hombres. En las últimas frases del capítulo, se acerca un barco inglés y dispara para avisarlos, con lo que “la batalla iba a dar comienzo” (313).

Como se ha mencionado, este capítulo es el último del libro del punto de vista del duque, pero es incluso el último que da la perspectiva de toda la Armada. La novela no muestra ninguna de las batallas ni los naufragios a través de los ojos de los personajes a bordo de los barcos. La única forma en la que el lector obtiene información sobre lo sucedido es a través de los informes que recibe la cofradía en Irlanda y estos llegan uno o dos meses más tarde de los acontecimientos. El narrador proporciona al lector suficiente datos y perspectiva de primera mano para juzgar a Medina Sidonia como incompetente y tímido, pero lo deja completamente ciego durante todas las batallas y eventos más significativos de la empresa. Solo meses después en el tiempo de la historia se le otorgan los datos e informaciones relevantes, pero de segunda mano.

Volvamos a los datos históricos sobre lo ocurrido. Cuando la primera batalla empezó, las dos flotas dispararon la una a la otra sin causar ningún daño sustancial. Esto sucedió porque las dos armadas tenían diferentes maneras de combatir y esperaban que la otra lo hiciera de la misma manera. Los ingleses habían planeado luchar solo disparando, lo que era imposible con los españoles a tanta distancia y en formación tan cerrada, mientras que los españoles intentaban abordar los barcos ingleses y luchar a bordo, pero no lo conseguían por la velocidad de los ingleses (Howarth 123-126). De estas primeras batallas, los españoles tuvieron dos barcos perdidos, uno por una explosión a bordo y otro que no pudo seguir la formación por los daños en su bauprés. Los conflictos se continuaron sin mayores pérdidas hasta que atravesaron todo el canal de la Mancha (Williams 203).

Para entonces, surgió otro problema – la comunicación con el duque de Parma no funcionaba. Medina Sidonia no recibió ningún informe de Parma, aunque él mismo le advirtió que estuviera listo. Parma necesitaría varios días para preparar a sus tropas que abordaran la Armada, pero al parecer ni siquiera sabía que la flota española se acercaba a Flandes. Además, Parma esperaba que Medina Sidonia le asegurara salida segura del puerto de Dunquerque, para que los rebeldes holandeses no les atacaran. Mientras tanto, Medina Sidonia no se dio cuenta de que los rebeldes podrían detener a Parma, pero precisamente esto ocurrió el 6 de agosto al llegar la Armada a Calais. Medina Sidonia también descubrió otras malas noticias; la Armada no tenía un puerto seguro de gran calado para anclarse y los ingleses controlaban la Mancha por lo que no había posibilidad de retirarse (Williams 204).

Aunque estos eventos no están descritos en la novela, muchas de las dificultades enumeradas se mencionan previamente en el capítulo desde el punto de vista del duque de Parma. El 21 de julio, el día cuando la Armada zarpa de La Coruña, Parma revela que “no había noticias fidedignas de que la Gran Armada se aproximase” (202). El cierto que en aquel momento en la trama, el duque de Parma supuestamente no debía tener ninguna información sobre el acercamiento de la Armada, ya que aún se encontraba lejos de los Países Bajos, pero con este comentario el narrador revela que la comunicación entre los dos comandantes será un problema en la ejecución del plan del rey.

El mismo capítulo expone que el duque de Parma suponía que Medina Sidonia se ocuparía de los barcos rebeldes holandeses: “hasta que la Gran Armada no cañonease y destruyese esos barcos, las barcasas no podrían abandonar los canales y adentrarse en los traicioneros bajíos frente a la costa” (206). En el texto, Farnesio está consciente del obstáculo que presentan los marinos holandeses, los llamados Mendigos del Mar, pero no tiene recursos para eliminarlos él mismo.

Existen varias explicaciones del fracaso de la reunión de los tercios de Flandes con la Armada: Parma no estaba listo a tiempo (Konstam 61), no podía pasar los barcos rebeldes o no estaba dispuesto a comprometerse con lo que él pensaba que era una causa perdida (Williams 204-205). En la novela, Lara lo atribuye a la falta de comunicación entre los dos comandantes pero también en la arrogancia del duque de Parma. El narrador explica que Parma “con una indestructible confianza en sí mismo, pensaba que bastaría un día, un par a lo sumo, para completar la operación de embarcar a casi treinta mil soldados y enlazar con la Armada” (202). Se nota en el tono del narrador que Parma tiene una confianza exagerada en sí mismo y en el buen funcionamiento de la operación.

Por falta de comunicación entre los dos comandantes, la Armada no tenía otra opción que anclarse en Calais y esperar a Parma. Durante la noche los ingleses enviaron ocho brulotes, barcos ardientes a veces cargados de munición, hacia los navíos españoles. Los españoles cortaron sus anclas principales para escapar y se dispersaron hacia Gravelinas. Solo cinco navíos, entre ellos el de Medina Sidonia, lograron regresar a Calais, mientras que otros tuvieron muchas dificultades por haber perdido sus mejores anclas y no pudieron fondearse. La mañana siguiente los ingleses iniciaron el primer ataque en la batalla de Gravelinas (Konstam 55-62). Medina Sidonia enfrentó prácticamente a toda la flota inglesa con solo cinco buques. Mientras tanto, otros barcos de la Armada consiguieron reunirse, pero muchos navíos quedaron separados y atacados individualmente. Al final de esa batalla terrible los españoles habían perdido ocho barcos. Además, muchos barcos fueron dañados si bien lograron destruir algunos barcos ingleses (Williams 204-205). Un fuerte viento empujó a la flota hacia el Mar del Norte, por lo que no tuvieron otra opción que navegar alrededor de las islas británicas (Drelichman y Voth 65-66). De esta manera, perdieron la posibilidad de volver a Flandes o Inglaterra. Desafortunadamente, este no fue lo último de sus adversidades.

12. El resultado y las consecuencias en la historia y en la novela analizada

La flota continuó navegando hacia el norte y luego alrededor de Escocia e Irlanda en la dirección de la península ibérica. El tiempo se estuvo deteriorando día a día y durante un mes la Armada fue golpeada por vientos fuertes. Fue entonces, y no en las batallas contra los ingleses, cuando se produjeron las mayores pérdidas – muchos barcos sufrieron naufragios frente a las costas de Escocia e Irlanda (Williams 206). La cantidad de barcos perdidos o dañados fue un tercio de la flota, mientras que la pérdida de vidas se aproxima a una mitad de la fuerza inicial, pero es más difícil de estimar (Drelichman y Voth 65). El número de muertes fue tan alto porque muchos de soldados y marineros fueron masacrados después de llegar a tierra. El 21 de septiembre Medina Sidonia, que padecía fiebre, llegó con ocho galeones golpeados a Santander. En las semanas siguientes otros barcos llegaron a Santander, San Sebastián y La Coruña. De todos los barcos que habían zarpado de La Coruña en julio, noventa y dos regresaron a España; tres se perdieron en accidentes y cuatro en combate, mientras que veintiocho se hundieron por el mal tiempo (Williams 206). Al final, la Empresa de Inglaterra causó un gran gasto y pérdida de vidas – y todo por nada.

Como ya hemos dicho, el desenlace trágico de la jornada de Inglaterra se revela solo hacia el final del libro cuando los cofrades reciben un informe extenso sobre lo sucedido. Los primeros rumores que oyeron, de los que supuestamente se ha enterado media Europa, llegaron una semana después de la batalla de Gravelinas: “Las noticias de nuestros agentes apuntan a que la Armada no ha podido contactar con los tercios de Flandes de don Alejandro Farnesio, y que los barcos de Medina Sidonia navegan por el mar de Norte tras haberse visto sorprendidos por un temporal” (350). En esas primeras noticias no se mencionan las batallas entre las dos flotas ni cualquier fracaso directo de la Armada, sino solamente se habla de la imposibilidad de unirse con Parma y el subsiguiente viaje alrededor de las islas. En este momento de la historia, el entusiasmo de la cofradía ya se vio frustrado cuando no lograron incitar a la rebelión, y esto parece un resultado esperado en su estado de ánimo.

Sin embargo, no esperaban que el fracaso fuera total, como resultó. La información que les cuentan a los cofrades relata en detalle los sucesos de la jornada – los conflictos entre las flotas en La Mancha, la formación irrompible de la Armada, la falta de coordinación entre Parma y Medina Sidonia, el envío de brulotes, el movimiento hacia el mar del Norte y las calamidades que siguieron (387-389). Es curioso, entonces, que no se mencione en ningún momento la batalla de Gravelinas, ni desde el punto de vista inglés, como una batalla en la que finalmente golpearon a los españoles, ni de la perspectiva española, elogiando el heroísmo de los cinco barcos y la supervivencia de la Armada.

Lo que sí se presenta varias veces son los naufragios. Se los explica de una manera trágica, describiendo sus batallas contra las tormentas y el viento fuerte: “Los vientos y las olas zarandeaban a los barcos como si fuesen de papel, y los naufragios en las costas irlandesas se sucedieron sin parar uno tras otro. Los buques fueron empujados por el viento hacia las costas, estrellándose las naves contra afilados arrecifes, rompiéndose como cascarones” (389). También se describe con lamento las consecuencias de los hundimientos y el destino de los hombres que lograron llegar hasta la costa: “naves transformadas en pecios, cargamentos que desaparecieron en el fondo del mar, hombres convertidos en alimento para peces... Y sin entrar en detalles escabrosos, contaba cómo centenares de españoles encontraron la muerte en las playas a manos de furiosos irlandeses y de soldados ingleses” (416). Todas estas noticias les llegan a los cofrades una por una durante tres meses en los que están esperando en Irlanda, en las ruinas de un convento.

Y hasta el último capítulo del libro, la cofradía sigue esperando. Después de haberse dado cuenta de la totalidad del desastre de la Armada, el rey se niega a enviar un barco para recogerlos y regresarlos a España citando las dificultades financieras y el peligro de la misión.

La cofradía logra organizarse el regreso por su cuenta. Además, de nuevo se ridiculiza al duque de Medina Sidonia “que tuvo osadía de intentar justificarse alegando que se mareaba al navegar” (425), pero el rey le perdona. La historia de la Armada termina con la petición del rey que la cofradía le devolviera la reliquia, aunque él se había negado de pagarle lo debido.

Sin entrar en un análisis profundo del trato que el autor de la novela le da al monarca español, Felipe era un hombre complejo y no un monarca inmovible (Kamen 2005 128-129) como se lo representa al final cuando la cofradía le pide ayuda. En el texto, cuando se da cuenta del fracaso de la misión secreta, “la mirada azulada del rey adquirió una dureza de lapislázuli que sorprendió al anciano inquisidor general” (393), quien le trajo las noticias. El rey es insensible a la situación difícil de sus hombres atrapados en Irlanda – al oír de las dificultades de la cofradía y sus compañeros, “los ojos del rey continuaban fríos y duros como el hielo” (393), sin ninguna emoción. Aunque tiene recursos para ayudarlos ya que “los barcos de Indias acaban de llegar a Sevilla cargados de oro y plata” (394), sostiene que ellos no son su preocupación y que “elevaré oraciones por la cofradía que, libremente, marchó a Irlanda” (394), sin reconocer que fue él quien los envió allí en primer lugar. De esta manera se le representa al rey como un hombre severo y frío, al que no le importan sus súbditos y su bienestar, sólo le interesa para qué le pueden servir.

Ya se ha hablado de Medina Sidonia, que a lo largo de la novela fue representado como un hombre incompetente y tímido, que no fue el caso. Lo que no se ha mencionado hasta ahora, por su aparición breve en el libro, es la representación de la reina inglesa. Se le demuestra a Isabel como una mujer fuerte y sincera que solo quiere defender a su país. Parece que Lara representó el espíritu del período y de los hombres de una manera informada y confirmada por los documentos históricos, pero en cuanto a algunos personajes históricos (como por ejemplo Felipe II y Medina Sidonia) y algunos acontecimientos de la Empresa de Inglaterra se apoya principalmente en la leyenda negra promovida por los ingleses desde el siglo XVI que todavía perdura (Phillips y Phillips 200).

Es necesaria incluso una conclusión a los eventos históricos que no aparecen en la novela, ya que sucedieron meses y años después de la jornada. El desastre de la Armada no fue tan dañoso a la posición militar de España como lo sugiere la opinión popular. En un año, la fuerza de la Armada se recuperó y el ataque de la Contraarmada inglesa fue rechazado de manera efectiva. Aunque la jornada de Inglaterra fue costosa, no resultó en bancarrota. El riesgo de derrota se tuvo en cuenta cuando se tomaron las decisiones financieras y militares. Las hostilidades entre las dos naciones continuaron y alcanzaron su punto máximo en los años 1596 y 1597, cuando una expedición inglesa ocupó Cádiz durante dos semanas y Felipe envió

dos Armadas en represalia, que sufrieron destinos similares a los de su predecesor (Drelichman y Voth 65-66).

Isabel de Inglaterra continuó ayudando a las fuerzas anti-españolas y anticatólicas en Francia y los Países Bajos, mientras que Felipe apoyaba a los irlandeses. Solo después de la muerte de los dos monarcas, en 1604 se negoció el tratado de Londres entre sus sucesores, Felipe III y Jacobo I de Inglaterra. Un nuevo siglo y la adhesión de dos jóvenes monarcas marcó un nuevo comienzo en las relaciones anglo-españolas (Phillips y Phillips 201). Desafortunadamente, el fracaso de la Armada Invencible marcó el inicio de la decadencia del Imperio español en los ojos de sus vecinos europeos (Barratt 143). De la jornada de Inglaterra dependieron muchos acontecimientos posteriores, a expensas de la Corona española – la duradera prolongación de la guerra de Flandes, la inevitable separación de Portugal y el regreso de Francia como una de las grandes fuerzas europeas (Vicens Vives 81-82). Sin duda, la historia habría sido completamente diferente si los españoles hubieran logrado sus objetivos ese verano tempestuoso de 1588.

13. Conclusión

Resumiendo, *La cofradía de la Armada Invencible* de Emilio Lara forma parte del género de la novela histórica, que se define como una obra de ficción que mezcla en igual medida elementos históricos apoyados por los documentos historiográficos y los elementos imaginarios, que a menudo incluyen a personajes inventados y la trama ficcional. La novela histórica tiene muchas conexiones con la historiografía – los dos discursos se orientan hacia seres humanos, coinciden en la forma textual (la narrativa) y los dos usan entramado e imaginación para reconstruir eventos del pasado. Sin embargo, existen claras delimitaciones que separan las novelas históricas de las obras historiográficas: uno es discurso artístico que tiene más libertad con la historia y se preocupa más por estilo, mientras que el otro es discurso científico con razonamiento explicado. Los dos tipos de texto también se difieren en su intención.

Según Larios, la novela histórica se puede separar en dos tipos: la novela histórica clásica y la posmoderna. El análisis de la novela histórica del romanticismo se basa en algunos rasgos específicos: elementos y detalles históricos, psicología de los personajes adecuada al período, referencias a eventos históricos, lenguaje del pasado, personajes históricos mezclados con los ficticios, dos niveles de la trama (histórico y novelesco), héroes

medios como protagonistas, o división de personajes en buenos y malos. Los dos tipos de la novela histórica coinciden en muchas características, como por ejemplo presentar el fondo histórico, describir detalles del período histórico en el que la trama está situada, introducir las referencias históricas y eventos acontecidos, etcétera – de los que todos están presentes en la novela de Lara. Fernández Prieto incluso menciona otros elementos presentes en el género analizado – títulos denotativos que anuncian el período descrito, aspecto educativo de la novela histórica, o prólogos y epílogos en los que se declaran fuentes y documentos históricos.

Sin embargo, estos dos modelos difieren en algunos rasgos distintivos. En primer lugar, la novela histórica posmoderna tiene una actitud diferente hacia la historia oficial – la cuestiona y en algunos casos la subvierte. Además, en este tipo de ficción el nivel histórico y el nivel ficcional de la trama y personajes no están separados en dos líneas independientes – están entrelazados. La consecuencia de esto es que en la novela histórica posmoderna aparecen personajes históricos con unos rasgos de personalidad diferentes de los representados en la cultura popular y la historiografía, por lo que parecen más humanos y profundos de lo superficial blanco y negro. Finalmente, el habla en las novelas históricas posmodernas no es siempre adecuada al período histórico sino que puede ser contemporánea y cercana al lector. En todas estas características diferenciadoras, *La cofradía de la Armada Invencible* coincide con la novela histórica posmoderna, lo que es previsible ya que la novela se publicó recientemente.

El contexto histórico se ve representado en muchos detalles en la novela de Lara, por lo que se han presentado acontecimientos ocurridos antes del comienzo de la novela. El rey español fue envuelto en varios conflictos durante su reino, pero tres fueron cruciales. Los enfrentamientos con los turcos en el Mediterráneo duraron hasta la victoria en la batalla de Lepanto. La guerra de Flandes empezó por la situación religiosa inestable en Europa, pero se convirtió en una lucha nacional. Este conflicto fue una de las causas para la guerra anglo-española. La relación entre España e Inglaterra estaban deteriorando desde la muerte de María Tudor, pero se convirtieron en una guerra abierta después de muchos conflictos religiosos y agresiones navales.

En cuanto a la representación de la historia en la novela, el autor usa una introducción larga y todos los acontecimientos anteriores a la salida de la Armada de Lisboa para fijar una base histórica para el resto de la novela. Se describe a El Escorial, uno de los edificios representativos del período de Felipe II, y se lo usa como telón de fondo para todos los capítulos del rey español de la manera que el palacio-monasterio se identifica con el personaje

de Felipe II. Se contrasta la pobreza de Castilla con la abundancia y actividad de Lisboa. Lara representa muy eficazmente al espíritu de la época con las referencias a la religiosidad de los personajes y del pueblo, la enormidad del Imperio español y los conflictos entre los católicos y los protestantes a lo largo de la novela. También incluye en el texto los planes de la invasión y algunos acontecimientos que precedieron la Empresa de Inglaterra, como el ataque de Cádiz por Francis Drake, o los problemas en Flandes.

En cuanto a la propia Armada, las escenas de Lisboa son las más destacadas y demuestran el poder naval de España en aquel período, como también un entusiasmo y la creencia en una victoria fácil. De nuevo se destaca la religión como una fuente de protección y éxito de la Armada. Ya en la falta de la representación de la segunda salida de la Invencible, de La Coruña, se puede apreciar como la señal en el texto ficcional del descenso de la confianza en la empresa contra Inglaterra. En los primeros días del conflicto anglo-español, los capítulos recrean el último consejo de guerra de los españoles, primeros informes sobre la llegada de la Armada y la preparación para la primera batalla por los españoles. Desde aquel punto, el autor usa un procedimiento interesante de contar la historia – el lector no presencia a las batallas y los naufragios sino que se cuentan los acontecimientos de segunda mano como pequeños resúmenes a través de las perspectivas de la cofradía, o la reina inglesa. Es curioso que en ningún momento en la novela se menciona la batalla de Gravelinas, la lucha más importante entre las flotas española e inglesa durante la jornada. Los informes que reciben los cofrades en la novela durante su estancia en Irlanda demuestran bien la tragedia de los naufragios y muertes de los soldados españoles a manos de los irlandeses e ingleses a tierra firme.

Por último, Lara usa algunos episodios de la historia popular y las imágenes fundadas en la leyenda negra para representar a los personajes históricos más importantes para la Empresa de Inglaterra – el duque de Medina Sidonia, el rey Felipe y la reina Isabel. Es una pena porque un libro como este podría ser de gran ayuda para combatir la leyenda negra, o al menos para dar más perspectivas diferentes sobre los acontecimientos que representaron de una manera tan infame al rey de España y su comandante naval Medina Sidonia en la memoria pública.

14. Bibliografía:

14.1. Lara, Emilio. *La cofradía de la Armada Invencible*. Barcelona: Edhasa, 2016

14.2. Libros de historia de España e Inglaterra:

Ackroyd, Peter. *Tudors: The History of England from Henry VIII to Elizabeth I, Volume 2 of The History of England*. London: Macmillan Publishers Limited, 2012.

Barratt, John. *Armada 1588: The Spanish Assault on England*. Barnsley: Pen & Sword Books Ltd, 2005.

Braudel Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Trad. Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simón. 2º ed. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1976.

Drelichman, Mauricio y Hans-Joachim Voth. *Lending to the Borrower from Hell: Debt, Taxes, and Default in the Age of Philip II*, Princeton: Princeton University Press, 2014.

Howarth, David. *The Voyage of the Armada: The Spanish Story*. New York: Penguin Books, 1981.

Hutchinson, Robert. *The Spanish Armada*. London: Orion Publishing Group Ltd, 2013.

Kamen, Henry. *Spain's Road to Empire. The Making of a World Power, 1492-1763*. London: Penguin Books Ltd, 2002.

Kamen, Henry. *Golden Age Spain*. London: MacMillan Education LTD, 1988.

Kamen, Henry. *Spain, 1469-1714: A Society of Conflict*. 3rd ed. Harlow: Pearson Education Limited, 2005.

Konstam, Angus. *The Armada Campaign 1588: The Great Enterprise against England*. Oxford: Osprey Publishing Ltd., 2001.

Parker, Geoffrey. *Imprudent King: A New Life of Philip II*. New Haven y London: Yale University Press, 2014.

Pérez, Joseph. "Edad moderna". *Historia de España*, de Julio Valdeón, Joseph Pérez y Santos Juliá. Madrid: Editorial Espasa Calpe, 2003.

Phillips, William D. y Carla Rahn Phillips. *A Concise History of Spain*. 2nd ed. Cambridge: Cambridge University Press, 2016.

Poole, Strafford. *Juan de Ovando: Governing the Spanish Empire in the Reign of Philip II*. Norman: University of Oklahoma Press, 2004.

Thomas, Hugh. *World without End: The Global Empire of Philip II*. London: Penguin Books Ltd., 2014.

Vicens Vives, Jaume. *Aproximación a la Historia de España*. Barcelona: Editorial Vicens-Vives, S.A., 1997.

Williams, Patrick. *Philip II*. New York: Palgrave, 2001.

14.3. Literatura secundaria:

Campbell, Ysla. “La tradición griega en *Guerra en El Paraíso* de Carlos Montemayor”. *Congreso Internacional sobre la novela histórica. Homenaje a Navarro Villoslada*. Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin, coordinadores. Pamplona: Príncipe de Viana, 1996.

Collingwood, R.G. *The Idea of History*, Oxford: Clarendon Press, 1946.

Díaz de Alda, María Carmen. “Símbolo, historia y ficción. Estrategias narrativas en las novelas históricas de José Luis Sampedro”. *Congreso Internacional sobre la novela histórica. Homenaje a Navarro Villoslada*. Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin, coordinadores. Pamplona: Príncipe de Viana, 1996.

Diderot, Denis, y Jean le Rond d'Alembert. “Histoire”. *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, vol. 8. Paris, 1765.

Fernández Prieto, Celia. “Poética de la novela histórica como género literario”. *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, Núm. 5.1996: 185-202.

Fernández Prieto, Celia. “La Historia en la novela histórica”. *Reflexiones sobre la novela histórica*. José Jurado Morales, editor. Cádiz: Fundación Fernando Quiñones, 2006.

Gnutzmann, Rita. “De la historia como literatura y de la literatura histórica”. *Congreso Internacional sobre la novela histórica. Homenaje a Navarro Villoslada*. Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin, coordinadores. Pamplona: Príncipe de Viana, 1996.

Hibbs-Lissorgues, Solange. “Novela histórica y escritores católicos en el siglo XIX: las marcas de un género”. *Congreso Internacional sobre la novela histórica. Homenaje a Navarro Villoslada*. Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin, coordinadores. Pamplona: Príncipe de Viana, 1996.

Hoyos, Andrés. “Historia y ficción: dos paralelas que se juntan”. *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Karl Kohut, editor. Madrid: Iberoamericana, 1997.

Hutcheon, Linda. *The Politics of Postmodernism*. London: Routledge, 1989.

Hutcheon, Linda. *A Poetics of Postmodernism. History, Theory, Fiction*. London: Routledge, 1988.

Larios, Marco Aurelio. “Espejo de dos rostros. Modernidad y postmodernidad en el tratamiento de la historia”. *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Karl Kohut, editor. Madrid: Iberoamericana, 1997.

Lukács, Georg. *La novela histórica*. Trad. Manuel Sacristán. Barcelona: Grijalbo, 1976.

Malpas, Simon. *The Postmodern*. New York: Routledge, 2005.

Mata Induráin, Carlos (1995a): “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”. *La novela histórica. Teoría y comentarios*. Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata, editores. Barañáin: Ediciones Universidad de Navarra, S. A. (EUNSA), 1995.

Mata Induráin, Carlos (1995b): “Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)”. *La novela histórica. Teoría y comentarios*. Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata, editores. Barañáin: Ediciones Universidad de Navarra, S. A. (EUNSA), 1995.

Navarro Salazar, María Teresa. “Mujer e identidad en la narrativa histórica femenina”. *Reflexiones sobre la novela histórica*. José Jurado Morales, editor. Cádiz: Fundación Fernando Quiñones, 2006.

Ortiz, Lourdes. “La pereza del crítico: historia-ficción”. *Reflexiones sobre la novela histórica*. José Jurado Morales, editor. Cádiz: Fundación Fernando Quiñones, 2006.

Redacción de *RedHistoria*. “Biografía de Emilio Lara”. *RedHistoria*. 18 marzo 2019. Web. 27 julio 2020.

<https://redhistoria.com/biografia-de-emilio-lara/>

White, Hayden. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore, Md: Johns Hopkins University Press, 1973.